ARTE, LITERATURA Y MÚSICA

DICIEMBRE | 2020

Nacido en Cuarentena
Arte, literatura y música

Museo de Antioquia

Dirección general:
María del Rosario Escobar Pareja
Curaduría:
Carlos Uribe Uribe
Diseño gráfico:
Andrea Mejía Uribe
Diseño museográfico:
Zoranny Restrepo Henao
Líder de públicos:
Lida Restrepo Henao

Universo Centro

Dirección y Fotografía:
Juan Fernando Ospina
Curaduría:
Víctor Muñoz
Asistencia General:
Sandra Barrientos
Edición:
Santiago Rodas
Corrección de textos:
Gloria Estrada

Edición de la publicación:
Catalina del Mar
Diseño y diagramación:
Manuela García

Diciembre de 2020
5.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com
Distribución gratuita

Orquesta Filarmónica de Medellín

Dirección Ejecutiva:
Ana Cristina Abad
Subdirección de Programación:
María Catalina Prieto
Subdirección Comercial y de Comunicaciones:
Andrés Cadavid
Subdirección Administrativa y Financiera:
Elizabeth Castañeda
Comunicaciones y Mercadeo:
Mauren Álvarez
Prensa:
Andrés Tabares
Producción:
Juan Felipe Vélez

Organizan

MUSEO DE ANTIOQUIA

universo centro

Filarmed Orquesta Filarmónica de Medellín

Apoya

Imaginar el futuro
#ElPoderDeLaCultura
Una alianza
comfama

ARTE, LITERATURA Y MÚSICA

Nacido en Cuarentena

Nacido en Cuarentena

La memoria es el presente del presente, pero no se confunde con el visible presente. La memoria es, además, futuro porque contiene la verdad de lo por-venir, pero se encuentra fuera del alcance del prever. La memoria es un presente incompatible con la forma visible de la presencia y con su actualidad pasajera y efímera.

- José Luis Pardo, las formas de la exterioridad.

La manera como la humanidad ha vivido esta pandemia ha sido compleja, desafiante y significativa en tanto posibilita la emergencia de formas de encuentro, expresión y diversas configuraciones sociales. Es por esto que dicha experiencia admite ser documentada, para no olvidar cómo hemos enfrentado el reto vital de entender al ser humano como parte de un sistema amplio, diverso y vasto.

Contar lo que pasa es una apuesta por recordar que seguimos con nuestras complejidades. Proponemos una memoria parcial de lo que vimos y sentimos en las épocas de silencio e incertidumbre desde el arte, la literatura y la música. Ideas y emociones para contar las experiencias que nos definieron durante la cuarentena, mostrar y sentir las penumbras y silencios que enfrentamos, pero también las luces y la capacidad de resistencia.

Nacido en Cuarentena es una invitación a acercarnos a esa memoria contada por artistas, músicos y escritores, para pensar el espacio público como el medio para inspirar transformaciones y nuevas propuestas de vida en sociedad, adoptando las posturas críticas, políticas y culturales, que hacen parte de la construcción de nuevos sentidos con el otro y con lo otro.

Gritar, opinar, proponer y demás acciones encuentran un lugar para existir en el ecosistema de las calles, el lugar del encuentro, la posibilidad de la conversación en el espacio de lo público, el espacio común y democrático.

El Museo de Antioquia, Universo Centro y la Orquesta Filarmónica de Medellín nos juntamos en una propuesta artística y cultural que reúne, en el marco del manifiesto #ElPoderDeLaCultura, a artistas, escritores, músicos y ciudadanos de Medellín alrededor de dos convocatorias: 'Cartelera de Calle' y 'Calle La Música' y dos eventos: una exposición y un Concierto Incierto en el Museo de Antioquia.

Cartelera de Calle

El cartel encuentra siempre un lugar para existir y ese lugar es la calle, el lugar del encuentro con el otro, el otre, la otre, lo otro, la conversación en el espacio público. En este sentido se puede entender el cartel contemporáneo como textualidad, sonoridad y visualidad, un dispositivo que transforma en voz la pared: un susurro, una exclamación o un llanto con sustrato callejero. Como lo propuso Marshall McLuhan: "el medio es el mensaje".

Hemos propuesto la combinación de un(a) escritor(ra) y un(a) artista visual (o colectivo) para que generen duplas co-creativas, donde una idea fuerza -concepto temático- sea el eje conductor de su discurso creativo.

1 / 13 • p. 8
DISTANCIAMIENTO SOCIAL
TEXTO: JULIANA RESTREPO
CARTEL: LA BRUJA RISO

2 / 13 • p. 10
LOS NÚMEROS DE LA PANDEMIA
TEXTO: ISABEL BOTERO
CARTEL: LA PLAGA

3 / 13 • p. 12
SÍNTOMAS DE INCERTIDUMBRE
TEXTO: LINA MARÍA PARRA
CARTEL: COLECTIVO PUROVENENO

4 / 13 • p. 14
♪ LA VIDA EN DOS DIMENSIONES
TEXTO: JUAN FERNANDO RAMÍREZ
CARTEL: SEBASTIÁN MÚNERA

5 / 13 • p. 16
EL VIRUS SON LOS OTROS
TEXTO: LUCIANO PELÁEZ
CARTEL: PACHAMAMA

6 / 13 • p. 18
♪ SILENCIO
TEXTO: MARIO CÁRDENAS
CARTEL: COLECTIVO MENTIRA

7 / 13 • p. 20
♪ GRITO CON TAPABOCAS
TEXTO: LAURA MORA
CARTEL: SEBASTIÁN RESTREPO

8 / 13 • p. 22
CUERPOS DÓCILES
TEXTO: JUAN DE FRONO
CARTEL: TATYANA ZAMBRANO

9 / 13 • p. 24
♪ ASEPSIA
TEXTO: JOSÉ ANDRÉS ARDILA
CARTEL: COLECTIVO PUTAMENTE PODEROSAS

10 / 13 • p. 26
NORMAL
TEXTO: MANUELA GÓMEZ
CARTEL:COLECTIVA PIRAÑAS CREW

11 / 13 • p. 28
♪ ¿HABRÁ FUTURO?
TEXTO: ESTEFANÍA CARVAJAL
CARTEL: COLECTIVO DEÚNITI

12 / 13 • p. 30
EL HAMBRE ROJA
TEXTO: YENNY LEÓN
CARTEL: COLECTIVO LA RACIÓN

13 / 13 • p. 32
THE END
TEXTO: SANTIAGO RODAS
CARTELES: ADOLFO BERNAL

NACIDOS EN CUARENTENA

TIERRA ROJIZA

Hoy van a matar una yegua en la finca. La van a enterrar en el potrero que está invadido de maleza. Mi hijo y yo estamos en una manga y lo vemos desde arriba. Hay dos eucaliptos altos casi al borde del desbarrancadero y un columpio de una cuerda larga que puede volar sobre el vacío.

Desde acá no oigo el sonido que hacen las palas cuando cortan y revuelcan la tierra, pero sí veo el movimiento rítmico de palas que viajan y trazan un círculo en el aire, que entran a la tierra, la desgarran, la tiran lejos y forman un morro. La tierra es rojiza, suelta y reseca.

Diego y Juandedios no hablan mientras cavan. No tuvieron que decir, Hagamos el morro de tierra ahí, ni, Hagamos un hueco de dos por uno. Cavan como las mujeres del poema de Natalia Litvinova. "Se agachan, se enderezan cada uno a su ritmo como teclas de un instrumento que alguien aplasta con los dedos (...) Cavan hoyos mientras cantan". Ellos no cantan pero en mi mente los reemplazo por las mujeres del poema mientras columpio a mi hijo. "Se agachan, se enderezan cada una a su ritmo". Casi oigo sus voces, la cadencia. No son palabras. Son cantos de una línea y dos puntos como el que dibuja mi hijo en su clase de música. Dos puntos, una línea, dos líneas inclinadas. Cavar está cargado de armonía y de rudeza e hipnotiza. Sus voces invaden todo el espacio hueco.

Una hoja cae girando como un trompo. Una hoja vuela. Una hoja, quieta, se mueve un tris, y decide no caer. "Cuando alguna se echa a llorar, cantan más fuerte".

Hablé con Juandedios al desayuno, anda muy triste, él quiere mucho los animales. Me explicó que para matarla la tenían que poner cerquita. Así cae directo al hueco. Que es muy pesado arrastrarla. Que le inyectan primero un sedante y luego una sustancia que le da un paro cardiaco. Para matarla, hay que ponerla cerquita. Para matarla, hay que acercarse a menos de un metro.

No sé si mi hijo esté viendo hacia el potrero, yo no quiero que mire. Columpiar también está cargado de armonía y de rudeza. De pronto oímos el ruido seco de un cuerpo enorme que cae. Mi hijo se voltea en su columpio y sé que oyó la muerte. Aquí el ruido no antecede la muerte sino que la precede. Si uno llora columpiando nadie se da cuenta. Cuando me echo a llorar empujo más fuerte. Mi hijo vuela alto lejos del piso. Lo empujo lejos de la tierra rojiza. El bosque nos hace una reverencia.

CERCANÍA

Estamos en cuarentena estricta desde el viernes y solo se puede caminar por aquí cerca. A las cuatro, salimos mi hijo y yo y nos sentamos en las escaleras. Suena un bolero, hace un calor húmedo, todo está quieto. Desde aquí vemos los cuatro edificios de la unidad: son verde menta desteñido, construidos en los años setenta, rectangulares. Los rodean árboles grandes frondosos y la línea edificio-naturaleza es difusa. Hay arbustospuerta, balconcuerno, paredhojas, árbolpared. La luz cae oblicua a esta hora en el lado occidente de los edificios.

Decidimos darle la vuelta a cada uno por los caminos de baldosas de cemento que los rodean. Como ha llovido tanto, el espacio entre baldosa y baldosa está muy empantanado. Salvo el portero de la unidad, no hay nadie en las calles ni en las terrazas ni en las ventanas. Todo está vacío, pues, todo está lleno de gente, pero se ve vacío. Ahora suena otro bolero que se superpone al murmullo del radio de la portería. Le da un aire aún más extraño al paisaje.

Rafael me mira y me jala el vestido. Me orbita. Desde hace días, cuando salimos a la calle, no se quiere despegar de mí. Me dice que tiene miedo de caminar afuera. Yo pensé que era pereza de caminar disfrazada de miedo pero es miedo puro en sus ojos. Me agarra, me abraza, se mete debajo de mi vestido. Me pide que lo cargue. Lo cargo unos minutos y me suda la cintura y el brazo. Se baja y nos quedamos cada uno en una baldosa.

"Juguemos el piso es lava mamá". Empezamos y no podemos tocar la manga ni el pantano. Rafael salta dos baldosas, ya no es satélite, respiro. Yo salto haciendo un gesto de caerme y él se muere de la risa. Después me da la espalda y se aleja de mí. Brincamos una, dos, cinco veces. No me quiero caer, no quiero ensuciar mis zapatos. Rafael salta rápido. Está más lejos de lo que lo dejaría ir normalmente, más lejos de su distancia satélite. Como ya no me mira, no juego. Me quedo ensimismada viendo las baldosas grises llenas de piedras diminutas incrustadas. Me imagino que estos cuatro edificios verde menta son como baldosas si los miran desde arriba. El virus ha ordenado en fila a las personas para llevarlas al abismo. Mi ritmo es lento. Voy absorbiendo naturaleza edificio bolero quietud. Tengo algo raro que no es tristeza. La vida es a la vez distinta y parecida y pareciera que ninguna diferencia tuviera el peso suficiente para tener esto dentro. Lo del día quieto no es metáfora. Estamos quietos calientes y aislados. Lo raro dentro se parece a la distancia.

> "El virus ha ordenado en fila a las personas para llevarlas al abismo.

Miro el árbolpared, cuelgan tres mangos maduros. Miro el cielo, está blanco como si quisiera encerrarnos también en esta humedad. Lejos reconozco a la perra de María Mercedes la del quinto. Siento algo. Miro enfrente y la veo parada en la baldosa que sigue. Nos miramos desde atrás de nuestros tapabocas. Sus ojos no me saludan ni me reconocen ni me dicen que se van a quitar. Instintivamente salto. El piso es lava. El abismo. Mis zapatos se resbalan unos centímetros por el pantano hasta que la fricción los para. Son verde menta, como los edificios, y el pantano los rodea. Salto otra vez al gris y en ese momento mi hijo me grita desde lejos: Estás muerta mamá.

DISTANCIA

Acurrucada en la cama
Las sábanas me cubren
No es tristeza
Encerrada en el baño mi hijo le pega
puños a la puerta
Nadie le coge la mano a mi tía
Encima del pasamanos viendo la luz brutal
En el sofá de la sala llorando con el
micrófono silenciado
Descalza sobre la manga viendo la luz brutal
Descansa en paz
El chocolate derretido en mi lengua
Meto las sábanas sucias en la lavadora
Tiendo la cama
El oxígeno en 77
El olor del romero
Ganas de ir caminando entre la gente en un
concierto de tocar brazos ajenos sudados
Hoy no te quiero contar una historia, estoy
aburrida y cansada
De sumergirme en una piscina silenciosa
Mamá no me quiere contar una historia,
está aburrida
Mi hijo abrazándome, los dos sentados
en el piso
La foto de mi tía nadie pudo entrar a verla
No nos reunimos
El duelo es artificial
La sangre en el labio las arrugas templadas
Mi hijo agarrado a mí mientras nos dormíamos
por fin.

_TEXTO
Juliana Restrepo

_CARTEL
La Bruja Riso
(Luis Echavarría-
Ximena Escobar-
Andrew Smith)

Distanciamiento social

Los números de la pandemia

_TEXTO
Isabel Botero

•

_CARTEL
La Plaga (Andrés Felipe Salas)

NÚMEROS DEL PRINCIPIO AL FIN DEL MUNDO

(TAL Y COMO LOS CONOCÍAMOS)

1 La cabeza de un alfiler mide dos milímetros y en ella caben 20 pelos, 28 000 leucocitos, 3 millones de bacterias y 5 billones de átomos. Se calcula que hace 14 mil millones de años un punto cósmico infinitesimal, mucho más pequeño que un átomo, contuvo la densidad y la energía necesarias para explotar y expandirse en tan solo una trillonésima de segundo. Ese instante cero puso a andar el Tiempo y encendió las luces del Universo.

2 El Universo es absolutamente todo: materia, energía, espacio y tiempo. Nadie conoce su tamaño y su dimensión podría ser de billones de kilómetros. Incluso, podría ser infinito. El Universo es violencia y creatividad, vida y muerte, caos y orden. Es un amasijo de desechos cósmicos que existen bajo estrictas leyes físicas. Contiene desde lo más pequeño hasta lo más grande. Es el pasado, el presente y el futuro. Es el misterio y todo lo que podemos llegar a conocer. Está formado, en su mayor parte, por materia oscura y contiene miles de millones de galaxias.

3 Escondida bajo un manto de polvo cósmico, se encuentra la Vía Láctea, una de esas miles de millones de galaxias. Esta gigante tiene un diámetro de 100 000 años luz y está gobernada por un agujero negro violento y fecundo. Tiene la capacidad de crear y retener los elementos esenciales para la vida. Es una espiral brillante con 4 brazos y en uno de ellos, Orión, se esconde el sistema solar.

4 El sistema solar es un espectáculo de anillos de hielo, nubes de amoniaco, cinturones de asteroides, tormentas monstruosas, explosión de cristales, volcanes incandescentes, auroras, cráteres y abismos. Surgió hace unos 4 mil 600 millones de años, tiene un diámetro de 1,4 millones de kilómetros y está compuesto por cometas, planetas, satélites naturales y una estrella central, el Sol, una inmensa bola de fuego que arde a miles de grados centígrados, que controla, permite y engendra la vida en la Tierra.

5 Son tantas, tan diversas y asombrosas las condiciones que permiten la vida, que es un prodigio que una esfera de hierro, tan pequeña e imperfecta, pudiera reunirlas todas y convertirse en el único planeta, hasta ahora conocido, que pudiera albergarla. La Tierra tiene una superficie de 510 millones de km2, de los cuales el 70,8% es agua y el 29,2% restante es tierra. Es el hogar de 8,7 millones de especies, clasificadas en 5 reinos: Plantas, Animales, Fungi, Protista y Monera.

6 De las millones de especies que habitan la Tierra, el *homo sapiens* es tan solo una de ellas. Somos conocidos como humanos y nuestro código genético es prácticamente idéntico al de cualquier otro ser vivo. Somos animales sociales que aparecimos en la Tierra hace solo unos 200 mil años y en ese pequeño lapso, en el reloj del Universo, hemos dejado una huella imborrable. Nuestro cerebro, el más desarrollado del reino animal, nos ha permitido construir, inventar y razonar; crear el lenguaje, la risa y el llanto; ser trascendentes, intuitivos y solidarios; podemos amar y tener consciencia de la propia muerte. Al mismo tiempo, somos ambiciosos, egoístas, crueles, violentos y arrogantes. Ninguna otra especie sobre el planeta tiene tanto poder de creación y, al mismo tiempo, de destrucción. Se calcula que actualmente 7 700 millones de seres humanos ocupamos un octavo de la superficie terrestre que está dividida en continentes.

7 El continente más poblado es Asia con más de 4 mil millones de habitantes. Allí se ubica la República Popular China, el país más poblado del mundo con 1 400 millones de chinos. Tiene una superficie aproximada de 9 millones 600 mil km2 y es el tercer país más extenso y tiene el récord en generación de dióxido de carbono (Co2). Uno de cada cinco habitantes del mundo vive allí y se calcula que en un año consumen 74 toneladas de carne animal y que las líneas de ferrocarril podrían dar dos veces la vuelta al planeta.

8 La capital del transporte en China es Wuhan, la ciudad más poblada en la zona central con 11 millones de habitantes y conocida como la "Olla china", por alcanzar altas temperaturas. En ella se ubica el Mercado Mayorista de Mariscos, donde se venden pescados, moluscos y todo tipo de animales vivos y muertos como zorros, perros, serpientes, koalas, ratas, pangolines y murciélagos.

9 Existen 1 400 especies de murciélagos. Son uno de los más de 5 mil mamíferos registrados y los únicos capaces de volar. Estos animales nocturnos y longevos (pueden vivir entre 15 y 30 años), han desarrollado un sofisticado sistema inmunológico capaz de tolerar miles de virus. Juegan un papel clave para los ecosistemas y la biodiversidad, sin embargo, cargan con oscuros estigmas y leyendas. Se conjetura que una sopa murciélago fue la responsable del comienzo de la pandemia, pero el verdadero caldo de cultivo es la forma de relacionamos con la naturaleza. Fruto del consumo masivo de carne y la destrucción de los ecosistemas de la fauna silvestre es muy probable que un animal haya entrado en contacto con un humano, el paciente cero, y causara el brote epidémico a una velocidad exponencial.

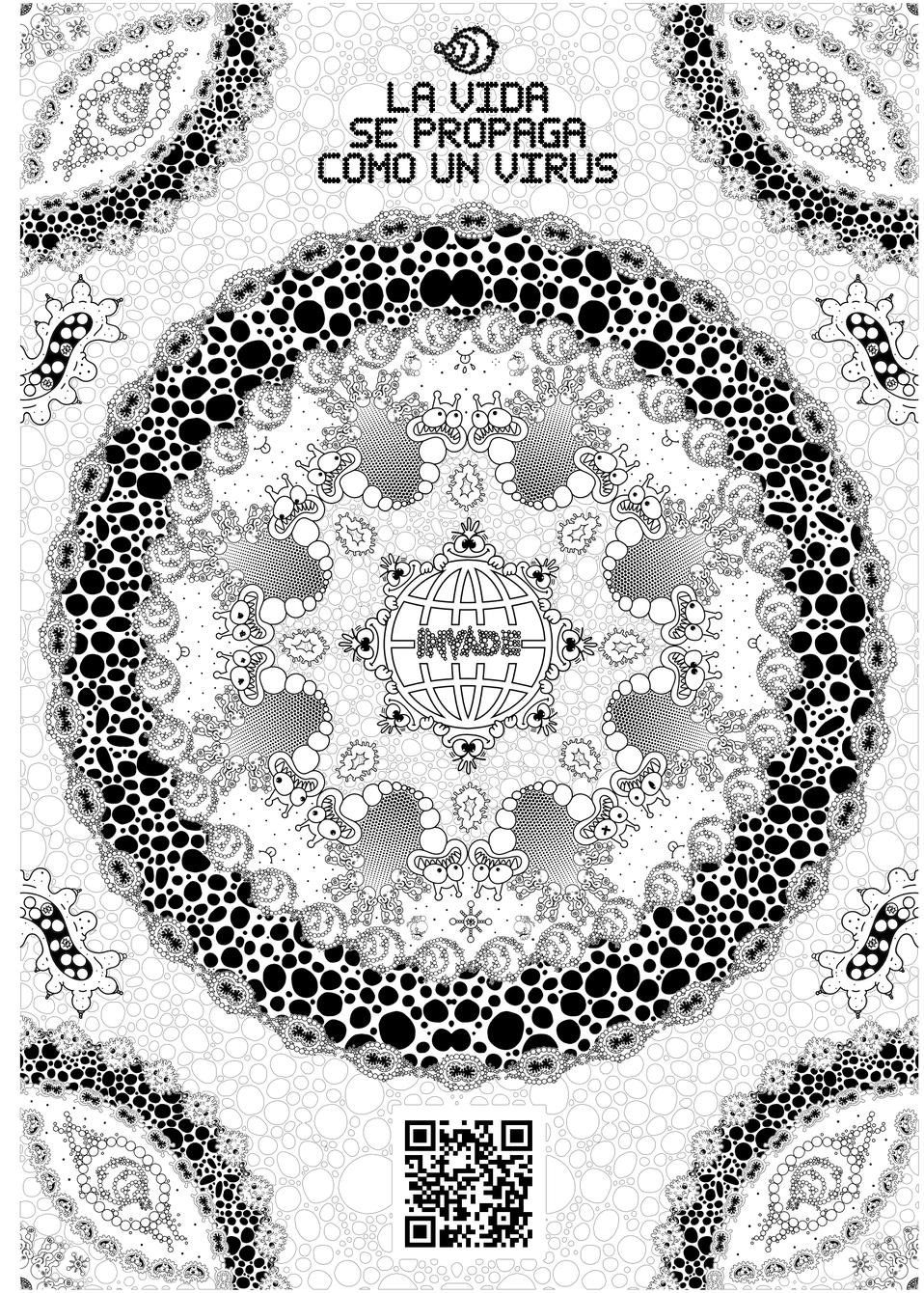
10 En cada una de las miles de microgotas que el paciente cero pudo haber expulsado al toser, al hablar o al besar, existían un millón de partículas virales.

> “(...)
> la belleza presente
> en todas partes y la
> vida que se propaga
> como un virus.
>
> ■

11 Los virus son agentes infecciosos con una información genética limitada que necesita replicarse dentro de una célula para poder reproducirse. Tienen la capacidad de matar masivamente pero, al mismo tiempo, son claves para la vida. Son seres diminutos, la mayoría unas cien veces más pequeños que las bacterias. Esto significa que en 1 mm caben aproximadamente cien mil virus en fila. Se han descrito alrededor de 6 000 tipos de virus, pero pueden existir más de 1,6 millones aún desconocidos que viven en mamíferos y aves por todo el mundo. De ellos, se estima que entre 650 000 y 840 000 tienen la capacidad de infectar y causar enfermedades en humanos y provocar potenciales pandemias, como la del coronavirus.

12 40 millones de contagiados, más de 1 millón de muertos y 8 millones de recuperados en el mundo son las cifras que —hasta la fecha— ha dejado el SARS-CoV-2, un tipo de coronavirus que genera la enfermedad del covid-19. Se trata de un microorganismo que no está ni vivo ni muerto. Más que un ser vivo, es un agente biológico. El nombre responde a su apariencia similar a la corona del Sol y la capacidad de replicación es tan alta que cada célula infectada puede producir decenas de miles de nuevas partículas virales. Tiene un número reproductivo (R0) de 2,68, eso significa que cada individuo infectado se lo transmite a entre dos y tres personas. Se conocen 7 coronavirus capaces de infectar a humanos. Miden una milmillonésima parte de un metro, es decir, divida un milímetro un millón de veces. Es una milésima parte de un cabello. Una milésima parte de la cabeza de un alfiler.

13 Las criaturas físicas más pequeñas concebibles para los monjes de Bizancio eran los ángeles, quienes se propusieron calcular cuántos podrían caber de pie en la cabeza de un alfiler. Siglos después, un físico americano consideró que el tamaño de la cabeza de un alfiler es demasiado grande para calcular cuántos ángeles cabían, así que tomó un alfiler cuya punta solo tenía un átomo de grosor. La cantidad de ángeles que allí cabrían es de 10 000 000 000 000 000 000 000 000. La impresión de infinito de ese extenso e inconmensurable número también la podemos sentir al observar la cúpula celeste, la belleza presente en todas partes y la vida que se propaga como un virus. Todo, lo visible y lo invisible a nuestros ojos, está hecho con las mismas partículas atómicas que nos hacen formar parte del Universo. Ser el Universo.



ACOSTUMBRARSE A LAS RUINAS

Después de las primeras semanas, durante las que el miedo fue creciendo a medida que el virus cruzaba el mundo para entrar al país, se instaló en mi cabeza una especie de calma alerta. Una mañana saqué del clóset un morral grande y lo dejé abierto sobre la cama. Luego fui rodeándolo con cosas, lo hice sin pensar mucho. Todo el día tuve la televisión prendida en las noticias y me moví por la casa sacando objetos de los cajones, mientras escuchaba los informes sobre el avance del virus. Alrededor del morral fui construyendo una muralla de cosas sin mucho criterio al son de los comentarios expertos de médicos y académicos, de las opiniones contradictorias de la gente común y de las posiciones insuficientes de los políticos. El noticiero se me volvió interminable, siempre había uno al aire, casi a cualquier hora y las primeras semanas ese ronroneo informativo fue el sonido ambiente de mi casa. Por la tarde dejé de buscar cosas y me senté en la cama, frente al morral vacío. La muralla que lo rodeaba estaba compuesta por una botella de alcohol medio vacía, una bolsa de algodones, unas pastillas para la diarrea, unos sobres de polvo antigripal, gotas para los ojos, dos pares de gafas, unas de ver y otras de sol, un morro importante de ropa interior limpia, dos tubos de crema dental y un cartón nuevo con cinco cepillos de dientes, un tarrito de Listerine y unos guantes de plástico amarillo para lavar platos. También había dos botellas de agua y un termo vacío. Latas de comida con arvejas, garbanzos, lentejas, frijoles, atún y salchichas, una ollita de metal un poco cascada, un par de cucharas de palo, tres candelas, una bolsa de velas de colores que me sobraron de la navidad anterior, un ovillo de cuerda, una navaja, una linterna con mecanismo recargable de manivela, una chaqueta de lluvia y un montón de medias enrolladas en bolitas.

Miré todo sobre la cama y me demoré un rato hasta que entendí que pretendía empacar para un apocalipsis imaginado a partir de un montón de películas del fin del mundo. Me pareció absurda la imagen y sentí que estaba reaccionando exageradamente a algo que aún no entendía del todo. Esa noche para dormir, bajé todas las cosas de la cama y las organicé en filas en el suelo, junto a la pared. El morral quedó vacío, colgado del espaldar de una silla que tengo en la pieza para poner la ropa sucia. Varios días pasaron igual. El encierro se volvió estricto desde que los primeros casos del virus se confirmaron en el país y lo único que escuchaba eran las noticias. No era capaz de pensar en otra cosa. No era capaz de leer, ni de hacer nada que no fuera lo mínimo para que no me echaran del trabajo. No recibía ninguna llamada, porque no tenía a nadie afuera que se preocupara por mí. Pensé que, en medio de todo, eso era un alivio. No tener a nadie implicaba que, si el orden de las cosas se desmoronaba, si el sistema colapsaba ante el fuerte oleaje de la pandemia, yo no tendría que preocuparme sino por mí. Coger el morral, que algún día pretendía llenar con todas las cosas que seguían en mi pieza, y salir al mundo, a sus ruinas.

Mi idea sobre el apocalipsis se construyó a partir de pedazos de películas del fin del mundo que consumí con asiduidad y cinismo hasta, más o menos, el año pasado. El fin del mundo siempre sucedía en otra parte, usualmente en un país desarrollado. Era lejos donde caían los asteroides que levantaban tsunamis, era lejos donde se gestaban y reproducían los virus zombis que acababan en semanas con la humanidad, era lejos donde vivían los personajes que esperan el choque inminente de otro planeta contra el nuestro, era lejos donde aterrizaban los extraterrestres que querían destruir la sociedad para minar los recursos de la Tierra, era lejos donde se enloquecía el clima y la ciudades más importantes quedaban sumidas en una nueva era del hielo. Siempre el fin del mundo les pasaba a esos países ricos que enfrentaban valientemente los impases de la destrucción, mientras los del tercer mundo veíamos todo por televisión en alguna choza genérica o en alguna plaza pública atestada de gente. Los héroes eran ellos, gente común de la clase media acomodada que se desprendía sin problema de todas sus comodidades para salvar a un ser querido o para llevar al gobierno la información necesaria para salvar a la humanidad o que incluso entregaban su vida para vencer a los extraterrestres, para destruir el asteroide. Los héroes eran también sus gobiernos que, ante la catástrofe, no parecían tener problemas internos, ni corrupción, ni pugnas entre partidos, ni abuso del poder militar, ni inoperancia, ni crisis económica, ni deudas con las grandes corporaciones capitalistas, ni protestas internas, ni paros, ni persecución periodística, ni asesinatos sistemáticos.

En las películas más positivas el fin del mundo era detenido por la pura terquedad humana, por su valentía moral y por la unión entre las naciones del mundo. En las más distópicas y oscuras el mundo se acababa pero seguía existiendo. Es decir, lo que se acababa no era el mundo sino el sistema. Todo derrumbado, la economía, la estructura política y social, lo que quedaba era la lucha por la supervivencia pura. El saqueo a supermercados, el atrincheramiento en casas, la búsqueda de armas para la defensa. Los personajes atravesaban ciudades desoladas, destruidas, abandonadas. Ruinas de un sistema capitalista colapsado a merced de una plaga, de unos invasores extraterrestres, de una explosión nuclear, de un cataclismo, un tsunami, un asteroide, un cambio climático. Solo quedaban los pedazos de lo que una vez fuera nuestro mundo. Estas eran las películas que más me gustaban. Me horrorizaba la idea de enfrentar ese fin del mundo que no trae la muerte sino la incertidumbre. Cómo sería no tener lugar, no tener firmeza, no tener cobijo. Cómo sería depender de mí para sobrevivir, de mi cuerpo y mi fuerza y mi cerebro no más, no depender del sistema.

Con los meses, la pandemia ha ido cambiando, ya no estamos en encierro absoluto, hay muchas personas en la calle, sobre todo aquellas a las que no les queda de otra. Pero yo no he vuelto a salir. Me la paso reordenando los elementos que siguen en filas en el suelo de mi pieza. Agrego una bolsa llena de pilas AA, reemplazo los algodones con un paquete de gasas. Encimo una caja con tapabocas que compré por internet, un cuaderno y un lápiz. Aún no empaco nada. Afuera escucho personas que caminan por las calles y piden comida a gritos. Tienen hambre y yo no. Podría darles algo, pero no lo hago. No salgo de mi refugio, no diezmo mis raciones de comida. En las noticias hablan de la crisis económica, de las razones políticas que orillaron al sistema de salud a un colapso que le impide enfrentar la pandemia. Para mí todo es pura inoperancia política. El sistema es muy endeble. Aun así, se agarra con las uñas, insiste.

Pero las ruinas de este fin del mundo son distintas a las de las películas, no hay edificios derrumbados, no se destruyó el sistema político, aunque tambalea. Las ruinas son más lentas, sutiles para algunos, evidentes para otros, se toman su tiempo en aparecer. El fin del mundo es lento, hace que nos olvidemos de él, hace que nos acostumbremos. Ahora veo el fin del mundo suceder desde mi ventana y desde la pantalla del televisor, temiendo el día que me toque a mí, que sea yo quien tenga que salir, morral al hombro, a buscar la vida en medio de las ruinas de un sistema frágil que fagocita gente para subsistir.

> “Las ruinas son más lentas, sutiles para algunos, evidentes para otros, se toman su tiempo en aparecer.
>
> ■

_TEXTO
Lina María Parra

•

_CARTEL
Colectivo Puroveneno

Síntomas de incertidumbre

La vida en dos dimensiones

_TEXTO
Juan Fernando Ramírez

•

_CARTEL
Sebastián Múnera

FRAGMENTOS DE UNA CUARENTENA AL AZAR

Me llegó una invitación del Museo de Antioquia para participar en un proyecto llamado *Nacido en Cuarentena*. Si acepto, tengo que desarrollar una temática conjunta con un artista, esto es, "La vida en dos dimensiones", siguiendo esta lógica: al artista le corresponde hacer un afiche cuyo concepto será discutido previamente por ambos, y a mí un texto con una extensión máxima de 7500 caracteres, que, como si fuera una firma apócrifa, irá referenciado a través de un código QR en la parte inferior derecha del afiche...

A este computador se le acaba de dañar la H. Tuve que abrir Google para consultar cómo se escribe esa letra en el código ASCII. Es un Sony, de apenas 1GB de memoria RAM. Lo compré en una fecha premonitoria, el 22 de diciembre de 2007, 42 días antes de conocer a mi novia, el día dos del mes dos del 2008. Considerando que es la séptima letra menos usada del español, ¿por qué se dañó la H? ¿Qué mensaje cifrado me está enviando este computador, con el que he pasado más tiempo que con mi novia y cualquier otra persona? A lo mejor quiere cerrar su círculo vital convirtiéndose en una máquina suicida. No por nada: 1) el video que más veces he reproducido en este computador es el de *Homage to New York*, obra de Jean Tinguely en la que un mecanismo de 27 pies de altura se autodestruye en el MoMA, en 1960. Y 2) la letra que se acaba de dañar es la última que identifica al modelo de este computador, esto es, VGN-NR110FH.

Busqué al artista en Facebook y descubrí un par de cosas: 1) que somos amigos virtuales, algo poco probable porque yo no envío solicitudes de amistad y solo las acepto cuando el usuario que las envía no tiene ningún amigo en común conmigo. Y 2) que, el 8 de febrero de 2019, a las 10:10 p. m., me envió el siguiente mensaje privado: "Hola Juan Fernando, ¿cómo vas? Muy interesante tu post. Tengo acceso al libro de Pablo. Hablemos". El libro al que se refería era *Pablo Escobar Gaviria en caricaturas*, un compilado de caricaturas del *capo di tutti capi* publicadas por la prensa entre 1983 y 1991, y que, con un tiraje de tan solo veinte ejemplares, estaba destinado a su círculo más cercano. En la portada, aparte de ese título, sería estampada la firma y la huella digital del protagonista, los tres grabados en oro de dieciocho quilates. En 2005, según el libro *Días de porno*, "uno de esos ejemplares se subastó en internet por un precio base de 60 mil dólares". Ahora bien: ¿por qué no le respondí ese mensaje al artista? Tal vez no me gustó la hora de envío, sí, la ideal de los relojes en los anuncios publicitarios.

En los casi trece años que lleva conmigo, este computador se ha bloqueado 152 veces, 31 en lo corrido de 2020, récord. 152 veces que empecé a reseñar a partir de la cuarta bloqueada, cuando me percaté que siempre lo hacía mientras veía una película y en alguna imagen interesante, como si le estuviera dando un pantallazo para guardarla en su memoria operativa. Entonces, a raíz del daño de la H, en busca de más evidencias que indicaran que este computador se está transformando en una máquina suicida, abrí el archivo de las 152 reseñas y le di buscar por suicidio, arrojando diecisiete resultados, siendo el último acaso el más oportuno, correspondiente a una película anglo-alemana de 1979, titulada *Radio On*, que inicia con esta leyenda premonitoria, en tanto suena *Heroes*, de David Bowie: "Todo cambio en esta sociedad pasa por una colaboración comprensiva mediante el uso de grabadoras, sintetizadores y teléfonos. Nuestra realidad es una realidad electrónica". Realidad electrónica protagonizada por un DJ cuya música solo suena en ciertas fábricas londinenses. Así, en una noche elíptica, tras recibir un paquete en la fábrica de Gillette, se entera de que su hermano mayor se ha suicidado, por lo que decide viajar de Londres a Bristol en busca de pistas que le aclaren ese hecho fatal. Viaje de carretera, a bordo de su Rover 80 de la serie P4, modelo 1960, de placas WXX 905, en el que no parará de escuchar lo que había en el paquete, a saber, tres casetes de Kraftwetk: "Radio-Activity", "Trans-Europe Express" y The Man-Machine". 202 kilómetros de recorrido sonoro que, alerta de *spoiler*, terminan cuando se acaban las carreteras, cuando el Rover 80 del enigmático DJ se estaciona para siempre al filo de un abismo, dejando que el mito del progreso siga de largo.

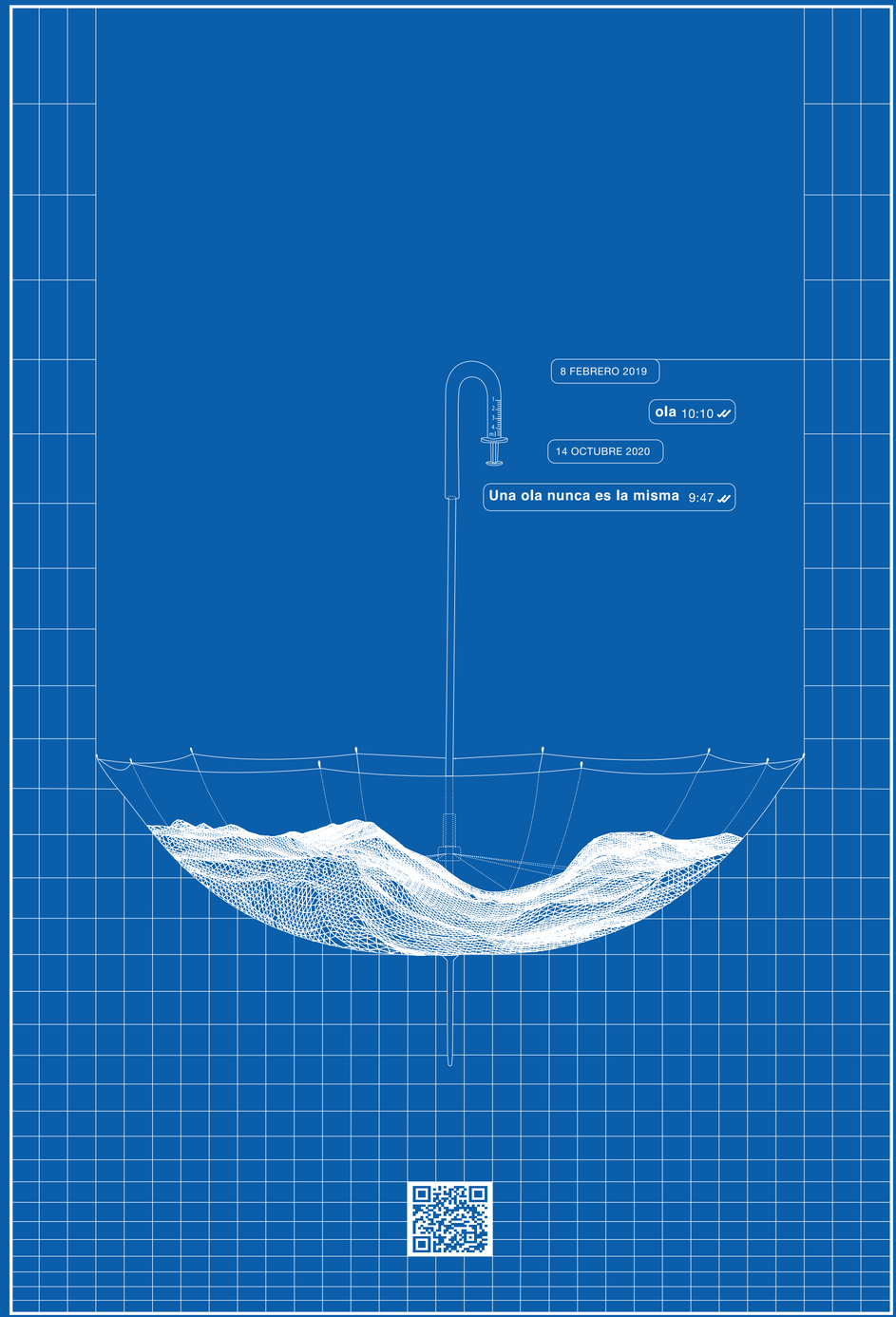
La constante de mi novia en la cuarentena ha sido teletrabajar, teletrabajar y teletrabajar, de sol a sol. Tanto que se le han trastornado hasta las necesidades de su vagina: como ya no le queda tiempo de hacer ejercicio, entonces, inicialmente, tuvo que cambiar su copa menstrual por una propia de mujeres sedentarias, o sea más blanda. Más blanda y de tamaño grande. Sin embargo, al mes siguiente, la reemplazó por una de tamaño mediano, porque sintió que la cérvix se le había alargado y el canal vaginal se le había reducido. Y dos meses después la sustituyó definitivamente por la más pequeña de todas. A lo mejor son efectos psicológicos, necesidades creadas, porque en nuestras cópulas, cada vez más esporádicas, yo no he sentido modificaciones, o a lo mejor mi pene también ha perdido profundidad en la cuarentena.

> "(...) que retará el ojo del espectador al darle movimiento a unos poliedros bidimensionales.
>
> ■

Faltando ocho días para entregarle al Museo de Antioquia el afiche y el texto, el artista me escribió un correo que abre así: "Yo, la verdad, no entiendo cómo es la dinámica de este proyecto, pero igual la idea de conocer a alguien y hacer un afiche me emociona". A continuación, sugirió que iniciáramos nuestro diálogo sobre la temática conjunta, "La vida en dos dimensiones", con esta imagen-pensamiento: "El dibujo insinuará la idea de dos cámaras en eclipse. Las líneas, hechas con químicos fotosensibles, generarán un juego visual entre lo cóncavo y lo convexo que retará el ojo del espectador al darle movimiento a unos poliedros bidimensionales".

Tras la más reciente formateada, hecha en enero de 2020, este computador adquirió una extraña simultaneidad: cuando estoy trabajando en Word, si doy clic sobre una palabra en busca de sinónimos, la canción que estoy escuchando en Spotify se distorsiona, como si este computador la hubiera procesado súbitamente con un Auto-Tune secreto. Distorsión insoportable que solo puedo revertir si le doy tres golpecitos a este computador en la parte inferior derecha de su carcasa. Tres golpecitos que, como si fueran violencia intrafamiliar, aterrorizan a Rafa, mi perro, que se esconde en el rincón más lejano de la casa. Del que solo sale si paro lo que estoy reproduciendo en Spotify y lo cambio por música para relajar perros: una *playlist* que pongo cuando los dejo solos. Entonces Rafa sale, recorre sigilosamente la cocina, el comedor, la sala, entra al cuarto, me empuja con la nariz para que le dé espacio, saluda con la cola a este computador y después le huele el único de los cuatro puertos USB que aún funciona. Comunicación química que, últimamente, suele entristecerlo.

Un día después, le di "Responder" al correo del artista y empecé a escribir lo siguiente: "Hola, a este computador se le acaba de dañar la H. Tuve que abrir Google para consultar cómo se escribe esa letra en el código ASCII. Es un Sony, de apenas 1GB de memoria RAM...". Sin embargo, cuando terminé de escribir mi respuesta, no le di "Enviar", y ya lleva cinco días y contando como "Borrador", y así, con esa etiqueta, se quedará eternamente. Luego, desconozco el afiche cuyo código QR los remitió a este texto.



El virus son los otros

_TEXTO
Luciano Peláez

_CARTEL
Pachamama (Juan Fernando Vélez)

MORIREMOS. UN MANIFIESTO INACABADO

1. Mientras morimos, narrémonos. Declaremos, para empezar, que estamos vivos, no es poco ni mucho. Vivos, pero con miedo. Somos, si algo somos, la especie del miedo. No del miedo mítico, a lo oscuro o incierto: tememos al otro. Es como declarar, en el fondo, que estamos medio muertos. El otro, sea quien sea, es una amenaza.

¿Dónde vive el miedo? Vive en todas partes, vive con miedo.

Digamos que donde acaba nuestra sombra, arranca la del prójimo. Ahí, justo ahí, vive el miedo: criatura de contornos borrosos, artera. Digamos "criatura"; nos entendemos cuando nos llamamos de alguna manera. Y nos narramos y nombramos mientras vivimos, o sea: mientras podemos.

2. El miedo, como un virus en busca de posada, anida en arengas, manifiestos o algoritmos.

3. Éramos la civilización de las manadas. Retumbando, por millares, íbamos en hordas, filados en procesiones. Hacíamos todo lo posible por quebrar el silencio, la forma más compleja de narrarnos.

Fuimos la avara civilización de nomás un minuto de silencio.

Fuimos la civilización de la retórica. El animal que habló de más.

4. Contra su propia sombra, arrinconamos al otro. De preferencia en cuchitriles o pocilgas o cuadriláteros. Algunos lo llaman turismo y, a veces, incluye casos de resiliencia.

5. Somos manada; soplamos el aire caliente de la manada. Algunos lo llaman democracia.

Hacer país, dicen por ahí. Frase maquilada.

6. Las sombras, nuestras y ajenas, se aparean en una orgía brutal.

Tenemos por límite la piel. ¿Y entre la piel y la sombra quién gana? Es la zona fronteriza. El mismísimo limbo.

¿Quién gobierna sobre los cuerpos?

El virus ya estaba. Estaba y estará en todas partes. El virus es un viajero frecuente; el virus hace más que cualquier profecía.

7. Quisimos domesticarlo todo: incluso los muertos y la memoria.

8. ¿Para qué un acelerador de partículas? La maximización del recurso es nuestro pastor.

Qué cruel es el adverbio YA. ¿Cuándo tendrá la incertidumbre sus quince minutos de gloria?

9. La asepsia mata ciertos virus. También le hace mella a la ironía. Como la corrección política.

10. Prohibido vender productos en la portería, dice la administración. Qué mundo de administraciones, qué falta de surtido en las porterías.

11. Premiamos la valentía. La mayoría, medrosos que somos, vamos de últimos. El premio de consolación a los cobardes es la rutina.

12. Nos gusta la estadística.

13. No lo hacemos mal para gentrificar. Es un talento antiguo.

14. Somos el único animal que narra peleas de boxeo.

15. Trabajamos como hormigas, sufrimos como humanos.

16. Pregunta retórica: ¿Quién dio la orden?

17. Nada va a cambiar, nomás moriremos.

18. La inmunidad de rebaño necesita pastores.

19. Libertad y orden. Vaya contradicción.

20. Tuve compañeros de colegio con pistola. Ya uno murió. En ese entonces no había virus.

21. Lugares comunes:

El lugar de enunciación
El lugar del otro
Los no lugares.

22. Estoy a favor de los lugares comunes.

23. A Sun Tzu le atribuyen cualquier cosa.

24. En mi época se validaba el bachillerato: dos años en uno. En mi época no había memoria histórica.

25. En mi época había más charcos, y más colombianos en Venezuela.

26. El hacha de mis mayores hace un corte de franela limpio.

27. El otro día me encontré a la raza antioqueña. Nos ofrecimos plata a interés.

28. Todo es aporofobia.

29. Cosas que sucedían en mi época:
Al azul no le pareció el giro, entonces hizo frenar a don Genaro que, por el impulso o por la pica, se plantó en media vía. Don Genaro no era fácil. Molesto, habló para todo el bus, y con voz seca.

"De aquí no me muevo", dijo.

Como la cosa iba en serio Araceli, la única profesora, le rogó que cediera. De nada sirvió. El mismo azul le pidió los papeles a don Genaro por la ventanilla, mientras otro azul trepaba al bus y daba una mirada general. De manera mecánica, se llevó la mano a la correa, al fajo de hojas para los partes. Pero don Genaro igual, sin mirar a ninguno de los dos. Ni siquiera subió la voz. Apagó el bus, lo apagó a medias para que funcionara el radio. El carro de atrás se agarró del pito.

Todo el mundo respetaba a don Genaro. "Buenas y hastalueguito" era casi que lo único que decía. Nunca se había metido con nadie, mucho menos se había retrasado en la ruta. A don Genaro lo respetaba hasta Araceli, que no respetaba a nadie.

"¿Estamos bien, don Genaro?", le preguntó ella. Y don Genaro dijo que más o menos.

Antes de bajarse, el azul del bus dijo que no había problema, la cosa la solucionaría la policía.

"Mejor", dijo don Genaro.

Por la cara de pimentón se adivinaba su ira. "Voy a fumar", le dijo a Araceli.

Apenas se oía el runrún de los audífonos del Muerto.

"No se demore", respondió Araceli.

Don Genaro pasó por el lado derecho del bus, junto al azul inicial. ¡La cara de susto que puso al ver un viejo con rabia!

Araceli lo llamó, hacía rato estaba de pie con una planilla. Llamó a lista, pero nadie se la tomó muy en serio.

30. Querido virus: igual, ya estábamos pagando vacuna, ya estábamos enfermos.

> **"Querido virus: igual, ya estábamos pagando vacuna, ya estábamos enfermos.**

Silencio

_TEXTO
Mario Cárdenas

_CARTEL
Colectivo Mentira (Alejandra Jaramillo - Paulina Escobar)

CONTRA EL SILENCIO CÓMPLICE

«Confinémonos en casa, / descolguemos el teléfono, / derroquemos el imperio / de la televisión, / cenemos junto al fuego, / escuchémonos / callemos, (...)»
- Àlex Susanna

...Para entonces habré domesticado
el silencio,
que me seguirá como un perro.
- Tania Ganitsky

«Cada palabra tiene consecuencias, pero cada silencio también»
- Jean Paul Sartre

El ruido descrito como desesperación y como locura, parece ser una narración más común, tal vez más corriente, que si hablamos del silencio, su «contrario», como locura y desesperación. Del silencio se esperan siempre otras bondades y otras prescripciones. El ruido es para muchos oyentes lo barbárico, lo que sobra, algo que afecta y, el silencio, un estado más bondadoso, sereno, lo civilizado; un estado puro. El silencio se describe como lo limpio; el ruido, lo desordenado; el silencio, lo mínimo, lo preciso; el ruido en cambio, siempre entendido como lo excesivo, lo falto de armonías. El ruido siempre exaspera, o el ruido de algo impide escuchar y leer lo que ha estado ahí y no percibimos, es sobrecargado. En el silencio, dicen, se establece un espacio claro, meditativo, desmantelado. En silencio decimos, nos dicen, es posible pensar; escuchar. En cambio el ruido siempre estará ahí para interrumpir, para desbaratar los planes y la mente, para manifestar y opacar lo esencial. Para algunos, el silencio produce lo contrario y, no solo lo contrario, sino que tiene los mismos efectos, incluso peores, otros que el ruido no puede lograr, el silencio es también un escenario de desesperación, el silencio es también algo incómodo, algo espectral; el no escuchar lo incomunicable. Un silencio que se aparece en una conversación es un invitado no deseado, que con su presencia no manifiesta, dice algo. Ante una desbandada de palabras y peticiones solo el silencio las puede hacer desaparecer.

A mitad de año, Google Meet, una de las plataformas que se han usado para simular reuniones, empezó a implementar la cancelación de ruido por inteligencia artificial. Para que la conversación funcione, esté limpia, hay que limpiar los ruidos. La función permite eliminar todos los ruidos "innecesarios" que se filtran en una reunión (clics del *mouse*, sonido de teclados o lapiceros, niños gritando, maullidos gatos y perros, ruidos de sillas moviéndose, puertas, sirenas, vendedores en la calle intentando sobrevivir, inmigrantes tocando a la puerta porque tienen hambre). Pero Google no ha podido crear un sistema de cancelación de silencios mediante IA, no existe, por ahora, una función que impida los silencios en una conversación, que son desesperantes para el hablante que, ante el silencio de los que no ve, cree que está hablando solo.

Si hablamos del supuesto carácter civilizado del silencio, no parece tal. Solo se le puede quitar el ruido a algo que no se quiere escuchar, silenciar al otro no parece muy civilizado que digamos. Silenciar, callar, eliminar, cancelar, no decir, suprimir todo eso que no se quiere escuchar, que no debe leerse, que no se debe decir, eliminar al otro, y así, apagar su voz. Hacer al otro silencio. Hacer protesta, alzar las voces, tomarse las calles, son actos de ruido, contrarios al silencio. Aunque hay quienes protestan en silencio para ser escuchados, esto último parece responder a la pregunta de George Steiner: ¿cómo puede el habla transmitir con justicia la forma y la vitalidad del silencio?, con una salida en manifestación podría ser la respuesta. Lo que no se debe saber, es mejor dejarlo en silencio. De ahí lo molestas que son esas acciones, las del alboroto, los desmanes, las del ruido, para las fuerzas del orden y para quienes obedecen estas fuerzas. Restablecer el orden es un acto de controlar el ruido, o los ruidos. De hacer con violencia silencio.

Los minutos de ~~silencio~~ son otros de esos actos civilizatorios, un acto de respeto y homenaje por el fallecimiento de alguien, por un acontecimiento trágico; de nuevo acá, es lo contrario al ruido, ¿Ante las masacres de ciudadanos por parte del Estado, hacemos minutos de ~~silencio~~? No, usar la voz, emitir sonidos, protestar. Si nos quedamos callados nos siguen matando.

Influencers, YouTubers, Instagramers, futbolistas y otros deportistas son en exceso ruidosos y se hace ruido con sus noticias, todo lo que deriva de ellos empalaga, es demasiado, pero ante los compromisos políticos, ante lo fundamental, son todo silencio. Desaparecen, no dicen nada, no se comprometen, porque, dicen, no les corresponde, lo suyo no es la política y las causas sociales, salvo las que les permitan evadir impuestos, porque ellos se deben a sus marcas, y sus contratos, para todo lo demás, el silencio. Un silencio que es político. Ni una sola opinión que los comprometa. El silencio, no decir nada, no involucrarse, es indiferencia, un acto deslizado de tibieza, el silencio ante el atropello es complicidad. Ante la censura, el silencio también lo es. Callar es una muestra de timidez y miedo. Estos grupos solo rompen el silencio ante lo conveniente; su silencio se parece así, al silencio de la mafia italiana, una complicidad indirecta, como si los arropara el código de honor siciliano y no pudieran romper el juramento de *omertà*, que es punible con la muerte. Por eso, para ellos, guardar silencio, quedarse callados es una de las tantas variantes del silencio cómplice, un silencio cauteloso y de no compromiso.

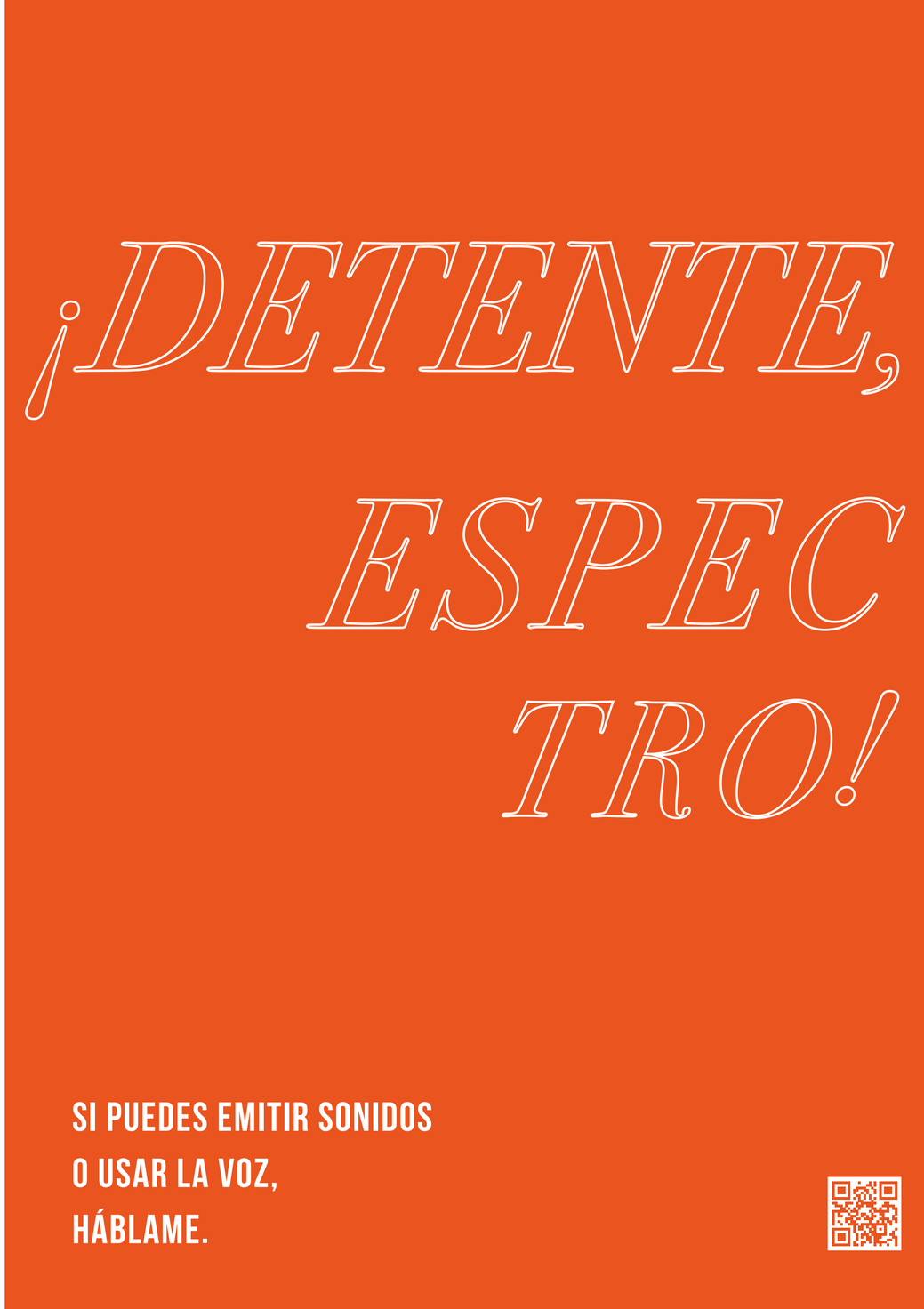
Los cultores del silencio nunca han tolerado las formas derivadas del ruido tropical, son asépticos ante estas sonoridades, le tienen fobia y desprecio, o solo lo ven como un elixir exótico que se puede escuchar de vez en cuando. Tal vez esto tenga que ver con la presencia invasiva que viene del ruido, las ondas que vienen, las imágenes que se atraviesan y alteran los cuerpos, el silencio no trae nada, se trae así mismo con la ausencia.

Hacer silencio en la escuela y hacer silencio en la biblioteca y en el museo, porque son estos lugares donde el ruido es transgresor, un invitado que no sería deseado. Nunca he escuchado a un profesor pidiéndoles a sus estudiantes que por favor hagan ruido, porque educar es tal vez silenciar. Pocas veces se educa para hacer ruido, para romper el silencio ante la censura. Solo se aprende, dicen algunos, en silencio, es por eso que en el museo, la biblioteca y la escuela, el no invitado es el ruido.

En el último año se ha celebrado el silencio, la posibilidad de refugiarse en el silencio derivado del confinamiento, una parte de la nueva normalidad, que no es más que un eufemismo perfecto que Zadie Smith en un ensayo de 2014 señala para hablar del cambio climático y que aplicaría para hablar de nuestro duelo en el silencio público y en la calles, del estallido social cancelado y controlado, y las postales con ambientes desérticos y sin humanos: «La gente en duelo tiende a usar eufemismos; al igual que los culpables y los avergonzados. El más melancólico de todos los eufemismos: La nueva normalidad.»

El crítico cultural Mark Fisher, para quien la inercia y la parálisis solo podían tener una única respuesta: la creación, la producción, todas estas, formas de seguir inventándose el futuro, de no cancelarlo, que son contrarias a la negación cómplice del quietismo. Es por eso que la única manera de frenar el ascenso del fascismo y el totalitarismo es el ruido, la creación con el decir, con lo decible. Ante la apatía y el silencio cómplice, hablar, levantarse, no quedarse quietos. Ante el fascismo, movilización. Ante el silencio y la indiferencia, la revolución, alta y sonora.

> “ Si nos quedamos callados nos siguen matando.



Grito con tapabocas

_TEXTO
Laura Mora

•

_CARTEL
Sebastián Restrepo

EL CORAZÓN EMPUÑADO

De repente solo un eco.
Le sigue un aturdidor silencio.

Quietud.

El celestial sonido generado por el contacto entre un objeto equis y un recipiente culinario con historia propia, en este caso, una cacerola, una paila, una chocolatera... Allí se contenía la cotidianidad que empezaba por fin a "resabiarse", porque los esfuerzos para mantenerse digna cada vez eran más desafiantes.
Lo mejor que ahora podían hacer esos objetos, cotidianos, cansados, era convertirse en símbolos...

Como en el conteo del fin del mundo, o del año nuevo, que por alguna razón a veces son la misma cosa, 10, 9, 8, 7 ,6 ,5, 4 ,3, 2, 1... shhhh... Silencio.
La cuarentena ha comenzado.

De repente solo un eco.
Le sigue un aturdidor silencio.

Una nueva serie de palabras aparecen en nuestro léxico; palabras que sin duda marcarán la segunda década del siglo XXI: confinamiento, cuarentena, pandemia, bioseguridad. Y con ellas, las facetas más oscuras de nuestras ya muy debilitadas democracias, si es que tal cosa ha existido: vigilancia, control, decretos presidenciales.

Las calles vacías. Un miedo nuevo habitando, una nueva experiencia de la muerte extrañamente inédita para un pueblo tan acostumbrado a convivir con su radical presencia. La extranjería inherente al SARS-CoV-2, lo convertía en enemigo. Y ay del peligro que yace cuando la palabra extranjero se convierte en sinónimo de enemigo.

Esta vez la muerte se presentaba más como un fantasma con una posibilidad incuestionable de cruzar la puerta cerrada sin hacer ruido, minúscula, carente de consciencia, venía a recordarnos nuestra fragilidad, nuestra insignificante existencia.

Tiempos oscuros, extraños, en los que la pulsión de muerte va expandiéndose de una manera tan palpable y consciente que no puede más que generar un primer estadío de pánico, parálisis; e inevitablemente la más profunda melancolía.

Una especie de melancolía por un mundo que no fue, acompañado por el terror de sentir nostalgia por un futuro que ya no parecía poder ser, lo que hace unos meses, con el corazón empuñado, habíamos soñado.

Tapabocas – Taparse la boca – Callar.
Ese acto de callar, que por fin habíamos vencido.
Gritar, reunirnos, gestos necesarios de la sublevación, se presentaban ahora como gestos que atentaban contra nuestra salud.

La posibilidad de la revolución, que hasta hace poco habíamos descubierto, desaparecía como cuando la arena se escabulle entre los dedos. Se reafirmaba la melancolía, se instalaba la incertidumbre. La única certeza, además de estar habitando este nuevo mundo reducido a nuestros universos íntimos y privados, era la de haber perdido... La de haber llegado demasiado tarde a la historia de los cambios, la de estar un poco condenados a vivir bajo las desigualdades y la injusticia en las que se cimienta el Estado colombiano.

Albert Camus, tan citado por estos días de peste, decía en *El hombre rebelde* que "la historia de los hombres es, en cierto modo, la historia de sus rebeliones". Aquí parecía entonces que la historia nos había pasado por alto, porque si algo se había anulado en Colombia, era la posibilidad de rebelarse, era casi como si la palabra, el gesto, el sentido mismo de la expresión hubiesen sido violentamente desterrados de este intento de nación.

Históricamente, antes de cualquier levantamiento social, existe una especie de presión, de ahogamiento, que por estas tierras han sido décadas y décadas de ceder sumisos ante el terror impuesto. El noviembre pasado había sido una muestra de que ese golpear un objeto, generar un coro metálico, y reunirnos sin conocernos, había encendido algo, había expuesto esa palabra que hace que las cosas más complejas sean posibles: la pasión.

Lo que se experimenta en ese acto de reunirse, de caminar juntos medio desordenados en una dirección que nadie sabe cuál es, pero que todos intuimos, en ese movimiento guiado más por un corazón heredero de dolorosas memorias colectivas y singulares, lo que se siente, es solo comparable a un vértigo sublime.

La cara en muchos casos cubierta, y la pañoleta a modo de tapabocas representa allí otra cosa, una protección frente a los gases, un miedo al reconocimiento por parte de las fuerzas del Estado, pero, sobre todo, ese gesto, tiene que ver con la necesidad de representar en carne propia los símbolos de esas sublevaciones populares que han tenido lugar a lo largo del continente... es sentir que podemos estar a la altura de esos esfuerzos y esas luchas. Lo más potente de ese gesto es que los ojos hablan. Los ojos, que son el principio de todo retrato, se desnudan ante el otro, y es ahí cuando el reconocimiento adquiere su lugar más elevado, cuando puedo descubrirte a través de la mirada.

Regreso al presente temerosa de que ese momento simplemente viva en un lugar que evoca la esperanza en medio de mi pensamiento agobiado. Regreso al silencio, el eco distante se escucha cada vez más distorsionado. A la memoria también le pasa el tiempo, y ya van muchos meses de este mundo raro. Intento aferrarme a la posibilidad, porque como insumisa que me considero, y por la dimensión poética que encuentro en la búsqueda incesante de un cambio y de la libertad, escojo imaginar, y en esa elección, asumo, que, aunque no logremos nunca habitar el sueño, intentarlo es la única manera de vivir auténtica y dignamente.

Entonces Grito.
Grito,
Y grito
Y grito.

Y el grito aparece mudo, solo aparece mi expresión, fuerte, quizás desesperada, ante la ausencia de mi voz. Me veo sola en una calle antes sobrepoblada, el camino de la disidencia nunca había parecido tan solitario.

Ya van muchas noches en las que el sueño me replica el mismo escenario. En donde mi voz no encuentra su lugar en el grito.

Me pongo el tapabocas para poder salir, miro a los ojos como tratando de encontrar esas miradas tan genuinas que me habían inspirado, lo que encuentro en cambio son ojos esquivos, desorientados, intentando habitar este mundo ajeno.

He entendido con el pasar de los meses que lo que más añoro de esos encuentros con desconocidos es que la revolución es pura pulsión de vida, es una especie de celebración, una alegría incluso ante la muerte, un desafío constante. He entendido que es contraria a este momento histórico y que por eso es relevante, porque ante la pulsión oscura, solo el grito libertario, solo la mirada auténtica, solo levantar los brazos, solo el corazón empuñado, pueden constituir la posibilidad de que esta vida frágil tenga algún sentido.

He entendido que el deseo de libertad es inherente a la vida humana, y que ese deseo en este mundo nuevo puede constituir un acto realmente incendiario.

No sé si llegaremos a la tierra prometida. Pero en este camino reconozco que el paraíso interior es posible, estando del lado de lxs insumisxs. Porque es allí donde he reconocido lo más bello del ser humano, porque la sublevación implica haber estado bajo al agua más de lo debido y para existir, la sublevación exige sacar la cabeza, tomar una bocanada de aire, de vida, como el gesto de un recién nacido. Necesita de la solidaridad y del sentido de compañerismo más puro.

Me levanto, me rebelo, me emancipo, me libero porque es la forma de hacerle el quite al destino fatal que es la existencia.

Y entonces grito.
Grito con tapabocas.
Grito con la transparencia que pueden solo enunciar los ojos.
La insumisión es un acto radical, porque como anotaba Pasolini, en su belleza, en su entusiasmo, la rebelión no quiere ser arte.

> **❝ (...)**
> **ante la pulsión oscura, solo el grito libertario.**
>
> ■

Cuerpos dóciles

_TEXTO
Juan de Frono

_CARTEL
Tatyana Zambrano

UNA "E" EN CUARENTENA

"Solsticio de invierno, veinticinco grados a mediodía: toda la humedad continental chorrea sin recato ninguno, en completa desvergüenza extravagante sobre la pobre ciudad, que discurre acomplejada bajo peso semejante. ¿Es normal? ¿Qué dicen les científiques? Consultas pedestres de gente decente".

Este es el comienzo de *Vikinga Bonsái* (Eterna Cadencia, 2019), una novela breve de la escritora argentina Ana Ojeda que los medios de comunicación reseñaron hace algunos meses como la primera novela escrita en lenguaje incluyente. O inclusivo. No sexista. No heteronormativo. No binario. Feminista. Etc.

Pero esto ocurrió en otro mundo: antes del covid-19. En Latinoamérica, este virus no solo detuvo la vida cotidiana, sino también una serie de manifestaciones sociales que se sucedían en diferentes países. Para escribir este texto, una invitación a pensar a cuatro manos (escritora-artista plástica) sobre la nueva realidad de cuarentenas, regreso a ese mundo anterior. El mundo de la letra "e".

¿Por qué la letra "e"? Porque el tema que se nos propuso para reflexionar fue cuerpos dóciles, dos palabras unidas para el vocabulario académico por el francés Michael Foucault. En síntesis, este filósofo se refirió con concepto a la disciplina que se ejerce desde ciertas instituciones en relación con los cuerpos, como una manera de garantizar el orden. Ejemplos: el ejército, las comunidades religiosas, los colegios, las cárceles.

De este tema se ha hablado mucho en 2020. Todo porque la serie de imposiciones de permanecer en casa, de usar tapabocas, de no realizar reuniones... es una represión, un giro de tuerca en la docilidad de los cuerpos. Volverlos dóciles para mantener el orden. Pero salgamos de Foucault. O saltemos a otra orilla en su mismo universo: el lenguaje.

¿Qué dicen los científiques? Esto se lee en otro capítulo de *Vikinga Bonsai*:

Una red para gobernarles a todes.
Una red para encontrarles,
una red para atraerles a todes,
y atarles a las tinieblas.

Sacadas de contexto, estas palabras sirven para hablar de la docilidad del lenguaje, y de la discusión que desata el uso de la "e". Las acciones de la Real Academia Española (RAE) plantean el orden, las convenciones, lo que podríamos traducir como la docilidad de ese lenguaje. La revolución de la "e" va en sentido contrario, como siempre va en otro sentido la lengua de la calle, la acera o la casa. La lengua cotidiana.

"El 'lenguaje inclusivo', a mí me gusta pensar, siguiendo la línea de María Moreno, es un lenguaje traidor", dice la escritora Camila Sosa Villada, autora de la novela *Las malas*. Sí, es preciso y hermoso pensarlo así. Ya lo dicen los lingüistas: los cambios en la lengua son lentos y azarosos, nada garantiza que el uso de la "e" se instale, por más justo que parezca. Pero, aunque no podamos saber si en cien años el castellano estará poblado de sustantivos con "es", hay algo claro: el empleo de esta letra, hoy, hoy, es una cuestión política y poética, muy necesaria.

En este tiempo de nuestros cuerpos dóciles, obligados a hacer lo mismo para evitar la propagación de un virus, ¿cómo ha sido la cuarentena de la letra "e"? No la tuvo, desde luego, sigue estando presente en la cotidianidad, sea la "real" o en las pantallas.

Hay que recordar algo: fue con el nuevo siglo digital que se popularizaron las primeras propuestas de lenguaje inclusivo. Iniciativas como el @, la x, el asterisco (*) o la barra inclinada (/) han sido muy comunes, pero de difícil pronunciación. Después se sumó el desdoblamiento: las niñas y los niños, las maestras y los maestros, todas y todos. Una herramienta que se ha instalado en los discursos políticos y las entidades gubernamentales. "La lengua española es una de las pocas que se pueden desdoblar en femenino y masculino, pero es una parcela muy pequeña de la lengua, que no llega al seis por ciento. Yo no compraría una novela desdoblada; las únicas que ganan con esto son las imprentas, porque tendrían más páginas", dice la lingüista mexicana Concepción Company, investigadora de la Unam y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de El Colegio Nacional de México.

Pero llegó la "e", que se expandió a partir de los de los movimientos feministas argentinos a favor del aborto en 2018. Desde entonces es la reina de la fiesta del lenguaje que no quiere ser dócil y continuar bajo la sombra del genérico masculino o el binarismo. "La molotov feminista y disidente estalló contra el lenguaje. Primero fue el @, después la x, el asterisco * y, por último, la letra más certera, la que dio de lleno donde tenía que dar: la ´e´", escribe María Florencia Alcaraz en la *Revista Anfibia* en un "Manual de instrucciones para hablar con "e".

En 1972 el escritor parisino George Perec publicó una novela que omitió en sus casi trescientas páginas la letra "e", la más común en el francés. No está mal pensar que ahora se escribe una novela en español en la que esa letra que omitió el escritor en su libro se convierte en un signo popular, que se multiplica para remediar una ausencia.

Esta discusión del lenguaje inclusivo, como es obvio, no es una cuestión exclusiva del castellano. Desde 2005, por ejemplo, el sueco incorporó a su gramática un nuevo pronombre: *hen*, que no posee género, y que se suma a los tradicionales *han*/ él y *hon*/ ella. El pronombre neutro proviene de movimientos feministas de los años sesenta. Igualmente, en el inglés existen movimientos a favor del plural neutro *they,* para no tener que marcar un género con el *he* o *she*.

"El uso de la letra 'e' como supuesta marca de género inclusivo es ajeno a la morfología del español, además de innecesario, pues el masculino gramatical ya cumple esa función como término no marcado de la oposición de género", escribió la RAE en su cuenta de Twitter hace algunos meses, como apoyo a un usuario ofendido por una invitación de la Secretaría de Cultura de México donde se leía "nosotres". ¿Miedo a una vocal? ¿Miedo a que la lengua se deforme (esto denunció el ofendido tuitero)? ¿Miedo a que la lengua se vuelva impura? ¿Miedo a qué?

Aquí hay algo que vale la pena dejar claro. Aunque es maravilloso todo el movimiento poético y político en relación con la "e", si de justicias se trata deberíamos darle la vuelta al habla y convertir el femenino en genérico: transformarnos en todas, de una vez y por todas. Ya muchas lo hacen, pero para otras todavía resulta incómodo. Y esa incomodidad debería ser nuestra norma.

"El lenguaje refleja realidades —dice la profesora e investigadora de la Universidad Nacional de Colombia Ochy Curiel—, y si en un lenguaje no están contenidos sujetos diferentes, estos no existen, porque no se nombran". Aclara esto para señalar que esa fue la lucha inicial del feminismo con "las" y "los", aunque "solo reflejaba la realidad de incorporar a las mujeres al lenguaje. Pero el feminismo hace una autocrítica interna —teórica, política y ética—, y "los" y "las" no representan a todos los seres humanos, porque es una cuestión binaria". De ahí que la "e", una propuesta del feminismo, también haya sido acogida por otras personas no representadas en el lenguaje y esté siendo usada para referirse a identidades distintas.

Sabemos que un cambio lingüístico requiere antes una transformación en el habla que se filtre a las calles, a la lengua de la casa, de la intimidad, del día a día. "En Estados Unidos ya no se usa la palabra "negro" para identificar a los que hoy se definen como *black* o *african americans*. Fue una batalla que no comenzó con disputas sobre sustantivos, sino con una larga marcha desde Alabama", escribió Beatriz Sarlo en una columna titulada "Alumnas, alumnos y alumnes". Quizá el punto en que estamos, en medio de las discusiones de cómo ampliar el lenguaje para que todas personas quepan, sea la estrella que se abre después de las largas luchas femeninas que comenzaron en el siglo XX.

Y no olvidemos el azar. Que prosperen la política y la poética de la "e" depende de él. Como ahora, más que nunca, dependemos de sus formas ante un virus que nos ha empañado la posibilidad de imaginar el futuro. *¿O qué dicen los científiques?* Este texto, por ejemplo, tendría que describir vivencias o injusticias en cuarentena, pero terminó hablando de una letra que ha estado presente en la calle y las protestas y que, como las protestas, se ha visto reprimida, obligada a estar en casa. Pero quizá no exista una mejor forma de hablar de este tiempo: comenzar con un tema y saltar a otros, sin concentración y control.

Es urgente, perres, comprender que la "e" no es una imposición, es solo un *performance* poético-político para señalar desigualdades. Urgente saber, querides, que hay gente que se siente por fuera de la noche o el día que parece ser el lenguaje. Urgente, amigues, aceptar que el habla puede llenarse de "aes" y "es", más sonoras y potentes que las tristes "oes" encapsuladas. Urgente, mariques, pirobes, amar e insultar con todas las letras posibles. Quizás en un futuro lejano, después del fin del mundo, todas seamos todes contra el largo imperio del todos.

Por último, no olviden que la poesía y la política pueden ser tristes ficciones.

> "Es urgente, perres, comprender que la "e" no es una imposición, es solo un *performance* poético-político para señalar desigualdades.

Asepsia

_TEXTO
José Andrés Ardila

_CARTEL
Colectivo Putamente Poderosas (Melissa Toro - Tatiana Cano)

CONCIENCIAS LIMPIAS

Estar limpio es un poco llevar la muerte encima. Repeler la vida. La asepsia preserva la naturaleza estéril de las cosas: de los escalpelos en los quirófanos. De los pisos en las unidades de cuidados intensivos. Nos han dicho que en nuestras manos limpísimas, estériles, no prosperará ningún virus ni bacteria: nada que parezca vivo.

La vida tiene una relación cercana con la mugre, con lo sucio, incluso con lo que pueda parecernos repulsivo. En pocos lugares hay tanta vida palpitante como en un cuerpo que se pudre. La mariposa morpho azul liba en el estiércol del lagarto y no hay asco en ese acto instintivo de comer. De vivir. Imagino que el caldo original de toda vida sobre la tierra ha de haber sido un charco hediondo, burbujeante y vaporoso.

Tiene sentido entonces que Medellín sea una ciudad muy limpia —o que aspire permanentemente a serlo. Que busque sin descanso una asepsia imperfectible—. Que sea impecable. Que la definan sus habitantes como una tacita reluciente. No hay hipérbole que no le quede a la obsesión de esta ciudad por la limpieza.

Cualquier turista que se monte al metro de Medellín dirá, y con razón: "Es el metro más limpio en el que he estado". Si usa las escaleras eléctricas de la 13, se maravillará primero por lo impecable que mantienen. Casi no se le notan los pobres ni los muertos ni la sangre que ha corrido. Hay quien dice que lo que sucedió hace dieciocho años en la Comuna 13, la operación Orión, fue una *limpieza social*. Y es usual que el eufemismo revele, pese a su pretensión, una verdad incluso más terrible. Fueron. Miraron. Señalaron. Extirparon de allá los que definieron como focos de infección: los núcleos vivos. Porque la gente, con frecuencia, de tan viva que mantiene, puede ser insoportablemente sucia: indeseable.

Quiero creer que no es la casa brillante, con cada plato lavado, con cada superficie espejada de tanto restregarla, con cada cama tendida a la perfección y cada prenda olorosa en los cajones a suavizante de lavanda, el mejor testimonio de las personas que la habitan. La suciedad es un rastro de la vida que ha pasado por ahí, de su historia. Un reguero de café junto al pocillo. Las sobras de la comida en el sifón del lavaplatos. Los vidrios empañados de los baños.

La casa más limpia es la que no se ha usado nunca.

A eso aspira Medellín: a mantenerse siempre nueva. Y por eso cuesta, quizás, encontrar edificios de más de cincuenta años en sus barrios. La señalética sobre las vías de Medellín le indica al desprevenido las rutas para llegar al "Centro histórico" y suena casi como un chiste malintencionado. Porque la ciudad, en su complejo profundo de apartamento a punto de estrenar, ha devorado buena parte de su historia. La ha limpiado y demolido y, cuando lo ha juzgado necesario, la ha pasado por el fuego. La ha cauterizado. Como el separador de la avenida Oriental. Demolido y vuelto a construir y demolido nuevamente y construido otra vez y demolido de nuevo en el curso de tres administraciones municipales. Como el barrio Moravia, que fue levantado sobre una montaña de basura y ha padecido al menos seis incendios hasta ahora, o la plaza de Guayaquil, incendiada también en 1968, y que fue, en sus mejores tiempos y, aun en los peores, el corazón de un barrio vibrante y popular y sucio y hediondo y habitado por putas y vendedores y borrachos y limosneros y ladrones y compradores y puteros y obreros y jóvenes y viejos y hombres y mujeres recién llegados a la ciudad y hombres y mujeres hartos de tanto padecer esta especie de hueco inmenso y dismórfico. ¿Qué teme encontrar Medellín cuando se mira en el espejo?

Hay una imagen de hace unos meses que se ha quedado grabada en mi memoria. En la foto, una legión de mujeres lava un parque. Es el Parque Berrío. Las mujeres venden tinto a diario, viven de eso, y han sido obligadas, para que les permitan trabajar en tiempos de pandemia, a limpiar con cepillos y agua y jabón todo lo sospechoso de estar sucio. Es un acto deliberadamente público. Planeado para las cámaras, para el noticiero de la noche. ¿Pero cuál es la suciedad que les han encomendado desterrar? ¿El virus? ¿En un espacio tan abierto, tan incontrolablemente transitado? ¿Por cuánto tiempo puede un parque mantenerse estéril? Para el día de la foto, Luz Adriana Upegui, que también vendía tinto en el Parque Berrío, lleva tres días muerta. Se quitó la vida. No soportó la presión ni el maltrato de los policías ni las multas que no podía pagar de todas formas ni los decretos impuestos desde la alcaldía sin mirar mucho para abajo. No soportó más esta ciudad. En el gesto inútil de limpiar lo que no puede ser limpiado, estas mujeres, ahí, frente a la Iglesia de la Candelaria, una de las más antiguas de Medellín, expían una culpa que no es suya. La ciudad ha maquilado en ellas la penitencia de un pecado y, al menos por unos días, ha comprado con indulgencias ajenas la pureza de su alma.

> “La casa más limpia es la que no se ha usado nunca.

EN SECRETO

"El proceso de transformación consiste sobre todo en descomposición"
- Rebecca Solnit

Será difícil seguir deseando en un mundo que no se puede tocar.

Pensaré que la vida ha dejado de ser múltiple, para ser solamente precisa. Ignoraré entonces la presencia de billones de ecosistemas microscópicos, que flotan en el espacio vacío, irreales como los fosfenos, pero tan persistentes como las cenizas volcánicas que sobreviven en la atmosfera. Tampoco sabré que el linaje de tales organismos acelulares es más antiguo que mis células con sus núcleos bien definidos. Menos, que la belleza de lo vivo reside en su carácter impredecible, en su temple, en su independencia. Me lamentaré torpemente y culparé a los murciélagos que sí pueden ver cuando oscurece.

Como sabemos, el sol permanecerá en un punto alto vertical sobre nosotros. Va a calentarnos las mejillas, la nariz, el mentón. Las cosas emitirán un brillo intermitente bajo su fuego distante. Estaremos, entonces, pegados a las ventanas abiertas recibiendo las corrientes de la tarde. Mis dos hijos asomarán sus dedos y los moverán en el vacío propio de las alturas. La habitación conservará la tibieza de la hora y tendremos revistas repartidas en el suelo, recortes de palabras que empiezan por la O y por la E, cuadernos de doble línea en los que antes hicimos planas. Se elevarán, como siempre, pájaros en el horizonte. El bebé pensará que son aviones. El niño mayor levantará recortes del suelo y se acercará otra vez a las ventanas. Me pedirá permiso antes de lanzarlos y los entregará así al viento, que toca también su cara, esas pequitas diminutas bajo sus ojos.

Volarán las vocales sobre las calles semivacías.

La luz va a tocarlas, las convertirá en un brillo que se disolverá luego entre las partículas indivisibles del aire, los techos de las casas o el destello gris del pavimento. El bebé imitará a su hermano y traerá palabras que se desprenderán también de sus dedos y serán como insectos ágiles bajo el cielo de las cuatro. Se demorarán en caer, flotarán delante de nosotros. Se acumularán luego, en los senderos que bordean el edificio y en los balcones de los vecinos. ¿Mamá, esto es ilegal? Preguntará el niño. Pensaré que probablemente lo sea, pero será mejor hacer polillas, mariposas blancas, alas que el viento guíe. Yo misma entregaré a la corriente algunos recortes. Me reiré seguro, tendré calor, me olvidaré quizá de lo que ese día va a preocuparme. Seré la misma que antes tuvo miedo de los virus, de las caries en los dientes de sus hijos, de los salpullidos que se riegan en los brazos y en la barriga, de las fiebres repentinas que les ponen muy rojos los labios y les quitan las ganas de comer. Solo que ahí, el cuerpo de frente al poniente, me parecerá que el miedo es elástico y se apura, que vino para convertirse también en otra cosa. Está hecho de lo mismo que este resplandor, que estos vapores en nuestras mejillas. Es igual a la fuerza que cuida, a la fuerza que ama, se ajusta, se desintegra en un ir y venir continuo, tal vez para siempre.

Y cuando empiece a llover, los niños se quejen aburridos, el bebé me pida que lo levante en mis brazos, me sienta ya agotada y no quiera en verdad jugar más con ellos, los subiré a la silla de atrás del carro y manejaré por las avenidas desiertas, aunque sea toque de queda y esté prohibido salir. Bajaré las ventanillas para que inhalemos ese aire exhalado por otros humanos, por árboles, por flores, por los perros que sacan con correa. La lluvia va humedecernos la frente. El virus será como un espíritu en el fondo, ignorado, olvidado por completo, al menos un rato.

A la noche, después de apagar la luz, cuando estén por dormirse y se filtre ya entre las cortinas el brillo de los edificios vecinos y esas luces difusas sean para nosotros como estrellas familiares, escucharé a mis hijos respirar despacio y estarán tibios al tacto sus cuerpos chiquitos. Sudarán un poco, relajarán ya las piernas, abrazarán sus cobijas de lana blanca. Y en esa oscuridad de la habitación, mientras el bebé me pellizca por reflejo las yemas de mis dedos, pediré en secreto que alguien más fuerte que yo los proteja, más sobrenatural, más duradero.

> **“ Volarán las vocales sobre las calles semivacías.**
>
> ■

_TEXTO
Manuela Gómez

•

_CARTEL
Colectiva Pirañas Crew (Daniela Arbeláez)

Normal

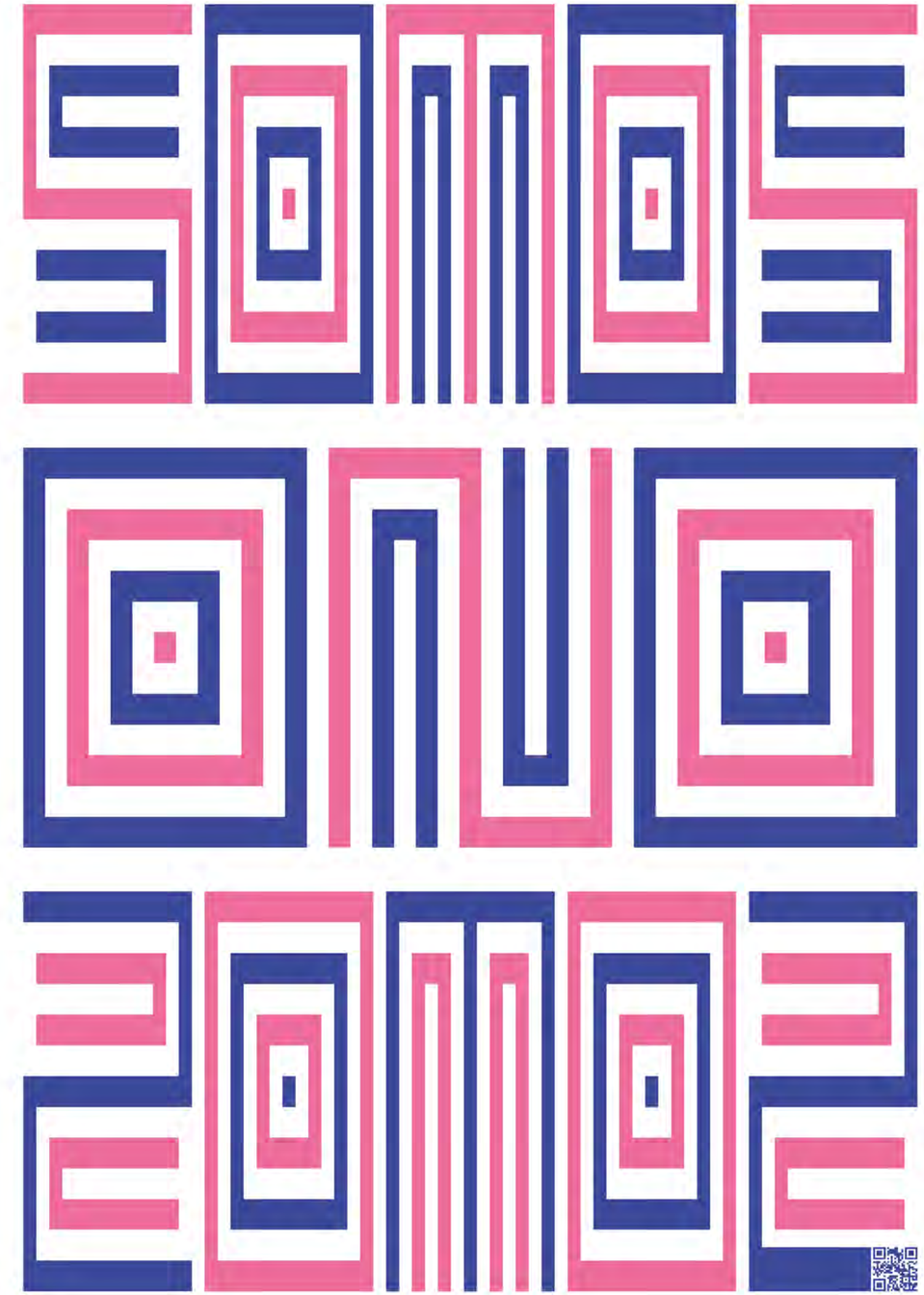
EL MIEDO VINO PARA CONVERTIRSE EN OTRA COSA

SOMOS O NO SOMOS

¿Habrá futuro?

_TEXTO
Estefanía Carvajal

_CARTEL
Colectivo Deúniti (Pablo Mejía- Sebastian Ochoa- Juan Esteban Naranjo)



Antes del covid estuvo el tiempo.
El tiempo es el viaje.

Lo que nosotros llamamos futuro es apenas el presente en este universo de espacio y tiempo indefinidos, acaso eternos. Incluso para la Tierra, que sí parece ser finita (la astronomía ya nos ha contado historias de planetas que son y dejan de ser por la colisión con otros objetos celestes o el estallido de una estrella), incluso para ella lo que nosotros llamamos futuro será apenas un chasquido en su línea temporal, y esa línea seguirá alargándose después de que ya no quede ninguno de nosotros en el planeta hasta que algún día, en cinco mil millones de años, el sol se convierta en una estrella enana incapaz de sostener a los planetas que hasta entonces giraban a su alrededor. Cardenal dijo: "Las galaxias son detalles en el espacio cósmico. Y un millón de años, como un parpadeo".

La pregunta por el futuro (la que nos hacemos en la ducha bajo un chorro de agua caliente) es, en realidad, una pregunta por el mañana. Y para los menos egoístas, quizás incluso por el mañana de la especie.

Recuerdo los primeros días de la pandemia, cuando los medios hablaban del nuevo coronavirus y la OMS decía que los tapabocas no eran necesarios. En ese momento yo estaba en Nueva York, comiendo con mamá en los *dim sum* de Chinatown y tomándonos fotos en Times Square, a donde solo iba con las visitas a pesar de que quedaba a dos cuadras del trabajo.

Mamá regresó a Colombia el 15 de marzo en un vuelo casi vacío después de que anunciaran que los extranjeros tenían prohibido, por mar, cielo y tierra, el ingreso al país. Cada vez que escuchaba noticias, el mundo estaba más y más chico: fronteras cerradas, vuelos cancelados, ciudades confinadas aplaudiendo a sus médicos desde los balcones. En Nueva York estaban apareciendo los primeros casos y, con ellos, las medidas que hoy nos parecen obvias pero que en esos días sonaban inverosímiles, como de película de fin del mundo.

Al día siguiente de la partida de mamá, la universidad en la que estaba terminando una maestría anunció el cierre total del campus hasta el final del semestre, incluyendo las residencias de estudiantes —que en su mayoría son millonarios chinos—, a los que les dieron 48 horas para evacuar las habitaciones que pondrían a disposición de la ciudad para atender la emergencia. El alcalde De Blasio ordenó cerrar los bares. Los museos. Los teatros de Broadway. Las escuelas. Las calles de Nueva York se vaciaron como no las ha vaciado el frío, ni la lluvia, ni la nieve, ni el dolor, ni el miedo. No quedó nadie en las calles y a Nueva York la embargó una soledad que yo no vi, porque también estaba encerrada.

Para ese momento, el número oficial de contagiados era de 218 y la cifra se estaba duplicando cada día, incluso a pesar de la escasez de pruebas. Para los expertos, eso solo podía significar que el virus ya había invadido silenciosamente cada barrio de la ciudad: una cadenita de ADN que viaja de célula en célula, discreta, a merced de sus huéspedes, y que de pronto puede estar en un organismo como en una superficie, en la chapa del baño del restaurante, en el billete que te devuelve el vendedor del carrito de perros, en la máquina del metro que toqué con los dedos con los que me rasqué minutos después, en un acto involuntario por el que mamá me regañó cuando ya era demasiado tarde.

El 17 de marzo un Uber me recogió a las cuatro de la mañana en la 170 de Engert Avenue, en Brooklyn. Yo llevaba una sola maleta porque pensaba que en uno o dos meses todo volvería a la normalidad y podría regresar para la fecha de los grados a despedirme de mis amigos. El invierno largo de Nueva York estaba por fin dando una tregua y esa madrugada se sentía fresca y seca, como una noche de verano en Bogotá. Me despedí de mi primo con un abrazo grande, como si de alguna manera intuyéramos que podía ser el último, y salí de la casa arrastrando la maleta en la que había metido cualquier cosa apenas unas horas antes, cuando la ansiedad no me dejaba dormir. Justo cuando yo salía, un gringo de unos cincuenta años que paseaba un gran danés se cruzó en mi camino. Apenas me vio, el tipo se lanzó de la acera a la calle y apretó el paso. No le pude ver la boca, porque llevaba puesta una máscara, pero sus ojos me contaron que paseaba el perro a esa hora para no tener que cruzarse con nadie.

Mi encierro comenzó apenas llegué a Colombia, y los síntomas del covid-19, una semana después. Desde entonces, las cosas de la vida siguieron ocurriendo en el mismo lugar y de la misma forma: frente a la pantalla de un computador. Reuniones de trabajo, conversaciones con amigos, salidas al supermercado: todas iguales, como si fueran una misma cosa.

El tiempo.

¿Qué es el tiempo?

Cardenal dice que es el avance de la materia en el espacio. "La materia se mueve y ella es tiempo-espacio". Lispector dice que "la alegría es la materia del tiempo y es por excelencia el instante". El tiempo es la alegría que se mueve.

Pero si no hay movimiento, tampoco hay tiempo. No hay tiempo sin alegrías.

El tiempo muere en la quietud y en la tristeza, y muere también cuando dejamos de contarlo. Por eso en las cárceles y en los hospitales el tiempo no corre. Los relojes y calendarios son útiles apenas para los presos que están a punto de salir. Lo mismo para los enfermos. El reposo abre una brecha en el tiempo y lo paraliza. Llevo siete meses encerrada que se han sentido como una hora. Y aun así, ¡ha pasado tanto!

Veo correr el mundo desde la pantalla de mi celular. Miro el calendario y recuerdo que ya casi cumplo veintisiete. Si la genética no me falla, viviré por lo menos otros 63 años. En comparación, el tiempo de las rocas es casi eterno. Google me dice que la roca más vieja que conocemos tiene 4.400 millones de años. El número no me cabe en la cabeza. Las rocas existen despacio.

En mi tiempo de noventa años, ¿qué son quince días de encierro? ¿Cuarenta y cinco? ¿Siete meses? A la velocidad de mi materia orgánica, ¿me puedo dar el lujo de la quietud? ¿Será que cuando vuelva la vida recordaré cómo bailar?

Desde hace meses los días pasan iguales, sin muchos acontecimientos, entre la nostalgia por el mundo que conocíamos y la esperanza de que una vacuna nos lo devuelva. Nos cansamos de postergar los planes y nos acostumbramos a la vida en casa. Somos personas que viven su vida frente a un computador. Y hablo de nosotros, los que en redes llaman privilegiados, como si no tuviéramos también derecho a sufrir. Muchos otros han tenido que volver a su vieja normalidad. Les tocó hacer como si el virus no existiera. Nosotros los miramos desde las ventanas de los apartamentos mientras rociamos con alcohol las bolsas del domicilio.

Dijeron que este virus nos golpeaba a todos por igual porque en un principio lo trajeron los ricos. Pero los ricos no perdieron sus trabajos. Ni tampoco les tocó aguantar hambre. Llenaron tres carritos de supermercado y se encerraron hasta que el virus se mudó a los barrios de los pobres.

Yo también traje el virus y me encerré, aunque no soy rica. A lo sumo, privilegiada. A los privilegiados las empresas no nos quieren de vuelta en la oficina. Es un buen negocio porque gastamos menos recursos y la productividad es casi la misma. Para lograrlo, nos sentamos día y noche frente a un computador. También en la pausa activa. También en las horas de descanso. El mundo concentrado en dos o tres pantallas: los colores de las flores reducidos a pixeles.

Los privilegiados no aguantamos hambre, pero nos deprimimos. Vamos a terapia y somos aceptablemente eficientes, según los informes de los lunes. Los días transcurren, inmutables, iguales en mayo que en septiembre.

"¿De modo que esta desazón / estas ganas de huir a ningún lado / este aburrimiento de la gente / y aun de las cosas amadas / este malhumor matinal / eran, al fin de cuentas, la vida?", se preguntó la profeta Cristina Peri Rossi años antes de la pandemia.

Al menos a los uruguayos les cambia el clima. Aquí, en cambio, la brecha sigue abierta en una meseta de muertos de la que nadie nos baja. La pandemia es una meseta tan alta que a su alrededor solo se ven nubes. No sabemos qué hay más allá. Nos decimos: "Cuando esto acabe". Y confiamos en que habrá un futuro, pero seguimos atrapados en la brecha. En estos días sin tiempo, ¿qué nos hace distintos de una gallina encerrada en su galpón?

> "El tiempo es la alegría que se mueve.

BOCA ABAJO

Un cuarto de sal, un grano de arroz, las ollas boca abajo, un dedo de panela sumergido en un balde con agua, caldo de cebolla.
El perro sale y rebusca. Corre hasta el límite del cráter.
Enojo. La boca del estómago se derrite, se deja caer sobre lo que no hay.
Cuatro pañales para diez días. Falta jabón para el pañal de tela. Falta jabón.
Después de terminar la plana, tumba el vaso. Nada se derrama. El accidente no ocurre.
Se esfuman las fuerzas para darle aliento a un ser nuevo. Seguirán amamantándolos de sombra.
El barrio se reúne. Quedan solamente tres panes. Las manos vacías no son opción. Saqueo, saqueo, saqueo.

"Y cuándo nos veremos con los demás,
al borde de una mañana eterna,
desayunados todos".
César Vallejo

Lo esencial es visible, tóxico.
Cuando pensamos que estamos dentro de dios, llega el hambre y nos sacia de aire, ardor, úlceras que nos dividen y gobiernan.
Comer es un deseo paquidérmico. Cuando no se sacia, el tallo cerebral explota en alerta, la presión baja y se desintegra la tímida piel en el relámpago del bazo.
Incontinencia fecal. No hay nada que salga, la brisa no puede solidificarse adentro.
Alerta seminal, hueco originario. El hambre nos hunde el hocico.
La medida de lo humano se da por el estómago vacío.

Le vaciaron el ojo a la gata. Su única pupila deletreaba F-A-M-I-L-I-A. Ella nos nombró con la tórtola que trajo. Ayer el bautizo fue con un pinche.
El hambre nos aleja de la punta de la llama.
Nos retorcemos, acurrucados. La gata nos recuerda que vivimos para comer y que la sudadera roja enredada en la pared de lata nos ayuda a morir sin un dedo atravesado en la boca.

"Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la amargura de un niño,
que a media noche, llora de hambre, desvelado".
C. V.

Ya no reciben el dulce que entregamos en el bus.
No compran las mazorcas asadas a fuego lento en una calle deforme.
No confían en el organismo del monedero.
No le dan la mano a una posible asesina.
Ya tienen una excusa para ponernos reglas que obedecen a los que tienen panes agigantados.
Nos sorbe la necesidad. Mientras tratamos de adormecernos en una fuente que lo promete todo, le estorbamos a nuestra carne.

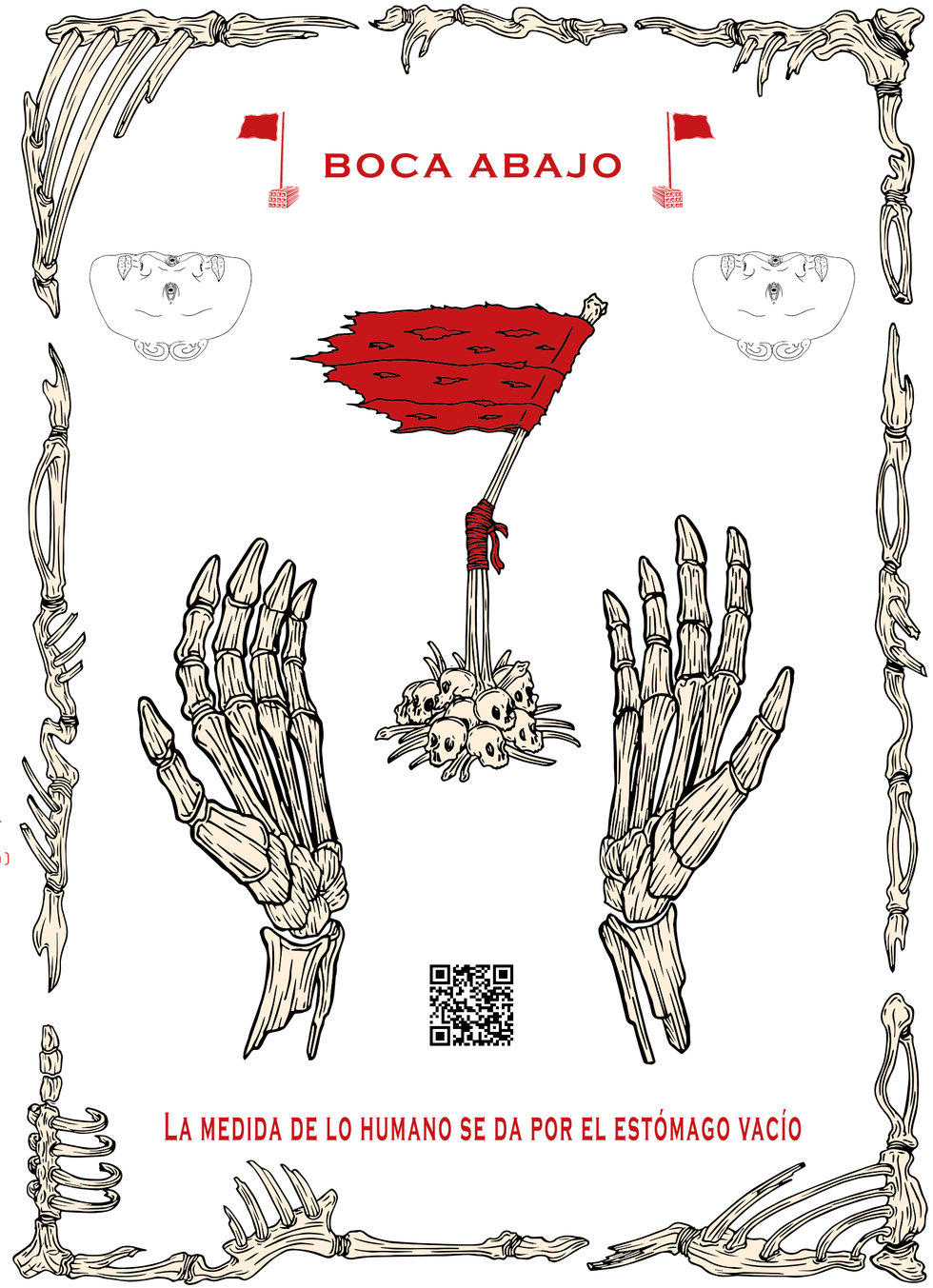
Toallas, pañuelos, camisetas rojas son espacios e instantes.
Un cadáver infectado y con hambre, ¿arde, explota, se deshace, se hunde?
El no-alimento aleja de la línea del horizonte, lanza a Penélope contra el Odiseo hechizado en las manos de Circe, traba la madera que tocan las manos, irrita a la colmena.
El rojo es aire escogido que entra por la boca de la carne.

Ya las manos no se miran en secreto y el hogar amanece frío.
El calor se esconde del cuerpo mientras que el tiempo cojea y palidece.
Las arrugas orbitan, verdes, amarillas, sobre las comisuras de los labios y los ojos, y en la mejilla que desaparece.
¿Adónde nos lleva este tiempo rojo que llena el estómago de estrellas fugaces?
¿A quién le heredaremos el asombro después de esta lluvia?

> "El hambre nos aleja de la punta de la llama.

El hambre puede calcular consigo misma.
Se suma, se resta, se multiplica, se divide, se cierra como un error y luego se expande para ser advertida.
Cuánta cosa no ha inventado para demostrar que existe. Cuánto no ha escalado y perseguido para hacerse ecos y servir a una voz petrificada.

La boca está mal construida.
Su empleo es peligroso. A veces se harta de sí y abandona su carga. Y si la ayuda llega, se cose por dentro porque ha olvidado la tierra luminosa. Cuando los bocados aparecen, al nacer la ayuda de desconocidos, ella se pregunta si acaso saben quién es realmente, si conocen su voz y las letras con las que improvisa sus tragos,
succiona las mejillas
y deja entrar la posibilidad de un cuerpo nuevo.



El hambre roja

_TEXTO
Yenny León

_CARTEL
Colectivo La Ración
(Juan David Quintero-
Pablo Melguizo-
Luis Miguel Villada)

THE END

_TEXTO
Santiago Rodas
•
_CARTELES
Adolfo Bernal

El fin ha ocurrido más veces de lo que podemos imaginar. El mundo se viene acabando desde que alguien dijo: "Hágase la luz" y la luz se hizo, es decir, desde ese preciso momento en muchas latitudes y en diferentes capas de tiempo preveían que el mundo se acabaría indefectiblemente de una u otra manera. Los astrónomos nos explicaron que el sol, el centro de nuestra galaxia, que está por la mitad de su vida, un día se apagará y con él todo lo que vive morirá por el frío y la falta de alimento. En el apocalipsis bíblico se narran los últimos días de esta pobre humanidad agobiada y doliente. El fin nos acompaña y los predicadores lo saben, blanden sus biblias y proyectan su voz en el Parque Berrío desde tiempos inmemoriales.

El 2020 fue de nuevo el año del fin del mundo. Una nueva pandemia puso la palabra *fin* en el vocabulario de los medios de comunicación, de las conversaciones íntimas, en el pensamiento económico y las demás disciplinas humanas. Otra vez el fin estaba entre nosotros. Un virus microscópico reactivó la máquina productora de fines del mundo y a los *findelmundistas*. Encerrados en nuestras casas, quienes teníamos una, veíamos la desolación de las calles vacías, con algunas personas que se arriesgaban a sortear la ciudad en busca de algunas monedas. ¿Estábamos ante un nuevo fin del mundo? No lo sabíamos. Algunos lo afirmaban, otros los rebatían, otros más decían que el virus era un invento. Yo mismo me encontré con alguien que me explicó que todo se lo había inventado la policía para mantenernos encerrados y para cobrar por muchos más comparendos.

Hegel pensó que con él se acabaría la historia de la humanidad, luego Lyotard propuso que, con la posmodernidad, morían los grandes relatos del siglo XIX. Fukuyama, de manera resignada, le echó más tierra al mismo cadáver y vaticinó el fin de la historia con la caída del Muro de Berlín, pensó que después de ese acontecimiento solo teníamos la opción de aceptar las democracias liberales como el signo identitario bajo el cual se construiría nuestra subjetividad, es decir, estábamos ante el último hombre de la historia, después de esto no habría posibilidad de seguir con nada, todo parecía estar terminando.

El fin está por todas partes, pero no quiere acudir ante nosotros, es escurridizo, se demora, se sabe hacer esperar. Como dice una canción del grupo de punk español llegales: "Estamos agotados de esperar el fin". ¿Cuántos fines del mundo nos esperan?

***

En 1981, como homenaje al cine, Adolfo Bernal realizó su pieza "The End", en la serie que él mismo denominó *Señales*. En el marco del MD7 reconstruyó dicha pieza y después de imprimir miles de reproducciones, las lanzó desde un helicóptero en algunos lugares de la ciudad. "The End" caía desde el aire en las manos de los transeúntes de la ciudad. En Medellín llovía el fin a manera de papeles impresos con un simple pero insólito mensaje. Sin mucho más que ese testimonio arrojado desde el cielo la gente vio cómo el fin caía sobre sus cabezas, se revolvía con el viento, se enredaba entre los árboles, los edificios.

***

En los últimos meses del año 1999 el mundo estaba nervioso por el fin del siglo. También por el Y2k y las teorías de conspiración que se replicaban en los medios, en las voces de mis amigos del barrio. Había una mezcla de incertidumbre y de buenos augurios que colmaba los cuerpos. Algo se modificaría irreductiblemente. Yo estaba expectante por el cambio de milenio, era la primera vez que me veía consciente de la historia, ante mis ojos iba a ocurrir un acontecimiento. Dentro de poco se cumplirían dos mil años redondos y entraríamos, como decían los comerciales en la televisión, en el siglo XXI. Yo tenía nueve años, mis papás me regalaron un juguete llamado *El robot del siglo XIX*, las propagandas en la radio se referían a la fecha. La ciudad se veía volcada toda hacia el futuro, el presente se descascaraba a medida en que pasaban los últimos meses del año. En general, se respiraba un aire de cambio, de renovación, o al menos así lo recuerdo. Algo nos queríamos limpiar de tajo de nuestro pasado y como amantes del sistema decimal no perderíamos la oportunidad.

Uno de mis tíos se compró una gorra que tenía incrustado un reloj digital con la cuenta regresiva: marcaba los meses, días, horas y segundos que faltaban para que llegara el tan añorado año 2000. Varias veces lo encontré en reuniones familiares y siempre llevaba puesta la gorra con el contador, él era el centro de atención. Bailaba, hablaba y se reía con la gorra puesta. Era su manera de saber que el fin del milenio estaba presente todo el tiempo y no se podía perder ningún instante de la resta temporal.

El último día de ese año nos encontramos en una reunión familiar en el barrio de mis tíos y mis primos. Celebramos en la tarde con la familia de mi papá. Faltaban unas pocas horas para que el reloj de la gorra quedara en 00:00. En las calles la gente se tiraba harina, celebraban un diciembre intensificado por el cambio de siglo, cogían globos, fritaban marranos, hacían sancochos callejeros, escuchaban las emisoras de música tropical que anunciaban cada tanto el fin del año, del siglo, del milenio. El ambiente festivo se desparramaba entre los barrios, una extraña electricidad hacía que todos comulgáramos con un mismo horizonte: nuestros ojos estaban puestos en el fin. Yo quería estar presente en el momento en el que el reloj de la gorra dejara de andar para ver qué pasaba, pero regresamos a casa mucho antes de las doce de la noche y no pude verlo.

Celebré el fin del milenio con mi mis padres y mi hermana y luego con mis amigos en el barrio. Creí que iba a notar una sensación en mi cuerpo, un escalofrío, algo distinto que me pasara en el estómago, en la piel, pero nada. El cambio de siglo ocurrió como todos los años anteriores: perseguí globos, tiré pólvora, cerramos la cuadra con un lazo para pedir plata a los carros que pasaban y con lo recaudado llenamos de pólvora un año viejo que explotó puntual a las doce, pero más allá de eso no pasó nada más.

La primera semana de enero visitamos la casa de mi tío. La gorra estaba tirada en cualquier parte con el contador en 00:00, le titilaban los puntícos del centro, pero ni avanzaba ni retrocedía. La gorra ya no servía para nada, había perdido su función; sin embargo, mi tío la seguía usando, no eran tiempos para desechar las cosas, no se podía dar ese lujo porque trabajaba como albañil y enero siempre fue un mes bastante flojo para él.

Yo cogí la gorra y me quedé mirándola por un rato, me parecía inerte, como si fuera un animal embalsamado de los que había en un pequeño museo del colegio, algo que estuvo vivo alguna vez, pero ahora estaba cristalizado, como por fuera del tiempo. La dejé a un lado, sin su magia anterior. Ya no servía. Mi tío la usaba pasa soportar el sol en sus jornadas de trabajo con los ceros en su frente sudorosa.

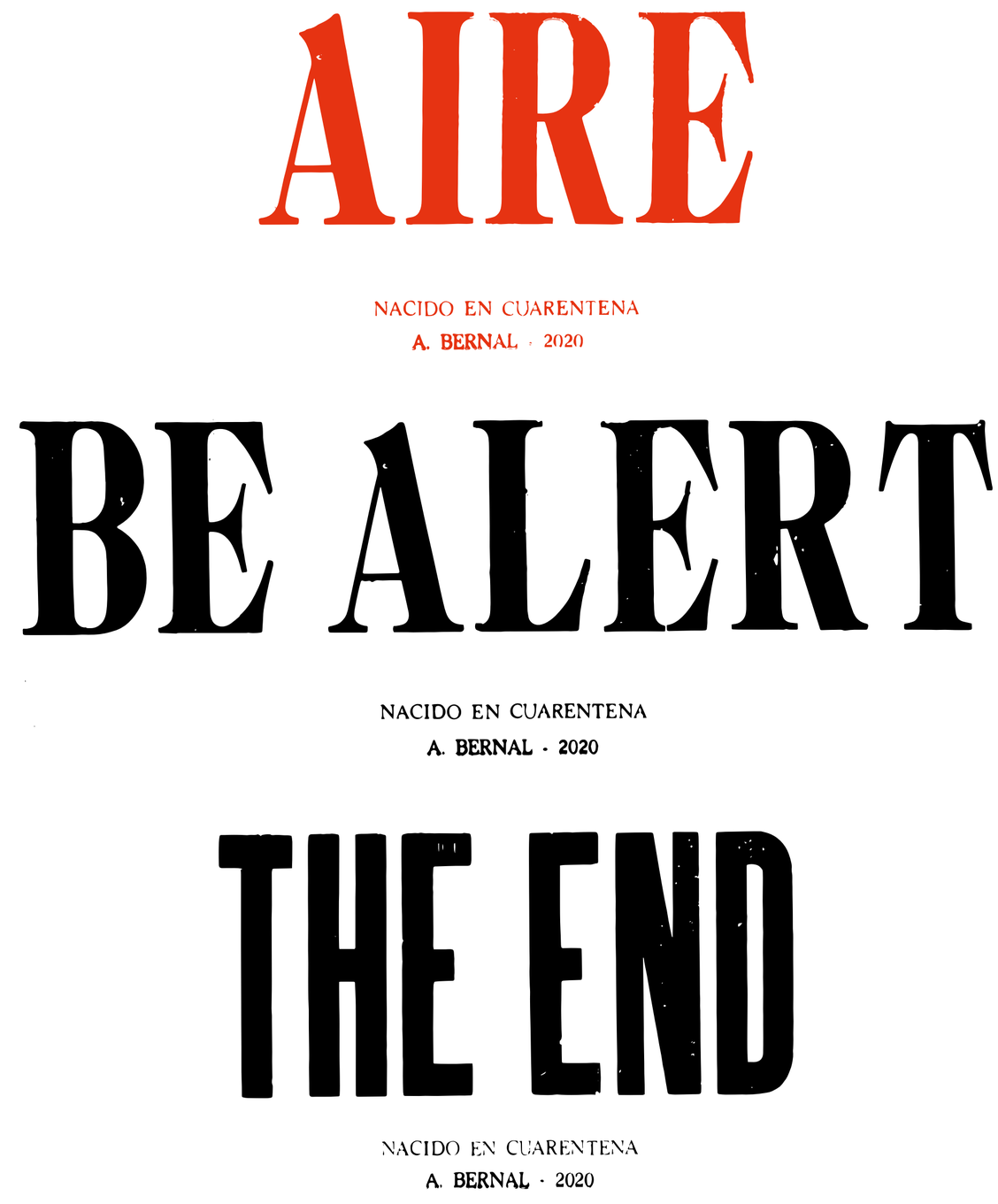
El marcador de tiempo detenido y titilante en la gorra parecía contener un mensaje cifrado que habría que desenredar. Como si el tiempo se hubiera disecado y no avanzara más. Quizá era enero que se sentía con su fuerza despaciosa y su luz sosegada la que me hacía tener la impresión de que algo en la máquina del mundo se había pausado. Parecía que el fin sí había ocurrido, pero no nos hubiésemos percatado y que el presente era otra cosa: una especie de embrión que todavía no empieza a nacer y se revuelva en su líquido amniótico sin principio ni final. El fin se aplazaba hasta nuevo aviso.

***

En casa tengo una de las impresiones de "The End" y a veces la miro por un rato, imagino cómo cayó desde el helicóptero. Cada vez que la veo pienso que el fin está sucediendo en todas partes, todo el tiempo. El fin, es también, ahora mismo. ¿Cómo lo sé? Tengo una copia de Adolfo Bernal para recordarlo.

> **“ (...) el fin está sucediendo en todas partes, todo el tiempo.**

■



Calle La Música

La Orquesta Filarmónica de Medellín convocó a 5 compositores antioqueños emergentes a escribir inspirados en las diferentes temáticas definidas en Nacido en Cuarentena bajo 3 posibles formatos: cuarteto de cuerdas, quinteto de cuerdas y quinteto de metales.

Calle La Música es una invitación a ver, escuchar y sentir las penumbras y silencios que enfrentamos, pero también las luces y la capacidad de resistencia que hemos demostrado como sociedad en esta época compleja y llena de incertidumbre.

Los partituras que aquí se presentan son fragmentos del inicio y el final de cada composición.

La vida en dos dimensiones

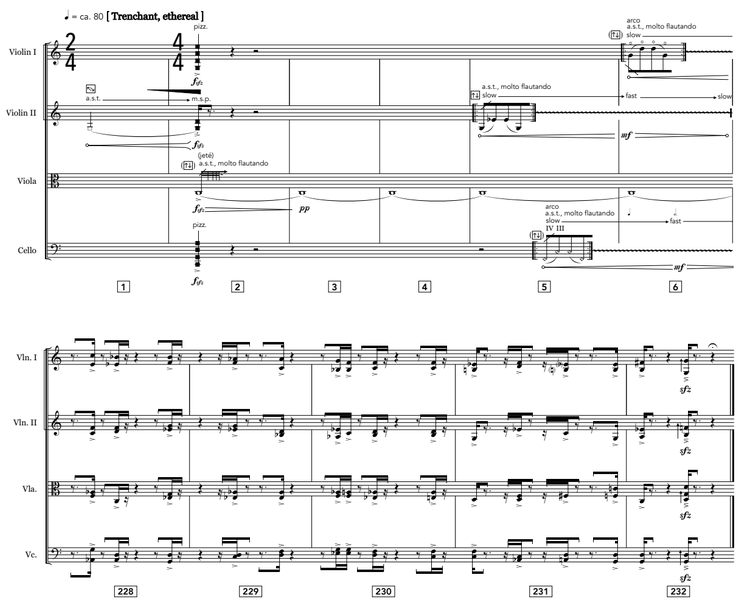
_TÍTULO:
Introducción a la esquizofrenia

_COMPOSITOR:
Felipe Tovar-Heano

PRAELUDIUM PARA CUARTETO DE CUERDAS

«Introducción a la esquizofrenia» se basa en la oposición entre realidad y sus distorsiones. El uso del término «esquizofrenia» en el título se da simplemente a manera de metáfora o alusión a la naturaleza de tales distorsiones, que son esenciales para el desarrollo del discurso musical — en particular, las distorsiones que afectan la percepción lineal del tiempo.

Estas distorsiones actúan intertextualmente sobre una realidad externa, aquí representada por una obra musical bastante conocida, que se irá revelando a lo largo de la pieza. Así pues, esta pieza se destruye y reconstruye de diferentes maneras, de modo que el oyente tiene la oportunidad de experimentar una leve sensación de duda o incertidumbre acerca de lo que es, y no es real.



Silencio

CUARTETO PARA CUERDAS

"Una ola de silencio sin precedentes se extendió por todo el mundo a raíz de la pandemia del coronavirus según investigadores que, encontraron que las vibraciones de la actividad humana se desplomaron tras los bloqueos nacionales.

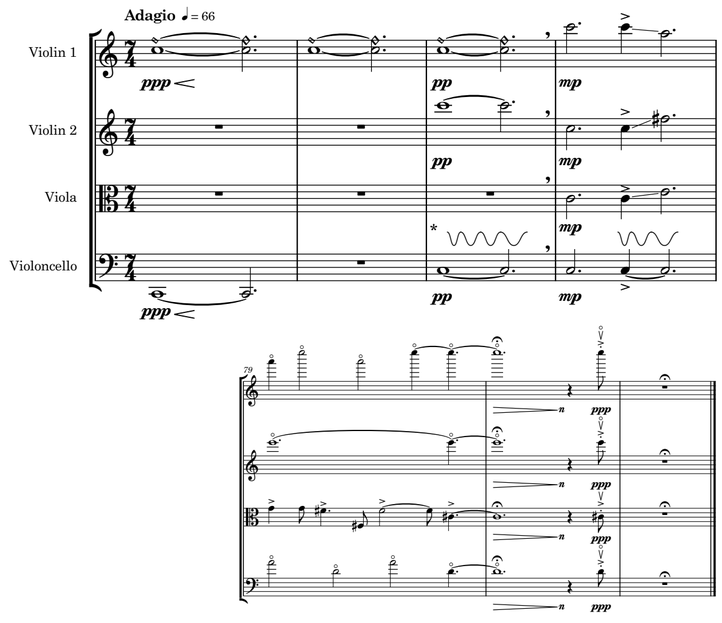
Los registros de las estaciones sísmicas de todo el planeta muestran que el ruido de alta frecuencia causado por las plantas industriales, el tráfico y otras actividades se redujo hasta en un 50% a medida que país tras país impuso restricciones que dejaron en tierra aviones, vaciaron carreteras y bajaron las persianas de tiendas y negocios."

- The Guardian

_TÍTULO:
Afonía
pandémica

•

_COMPOSITORA:
Ana María
Franco Quintero



Grito con tapabocas

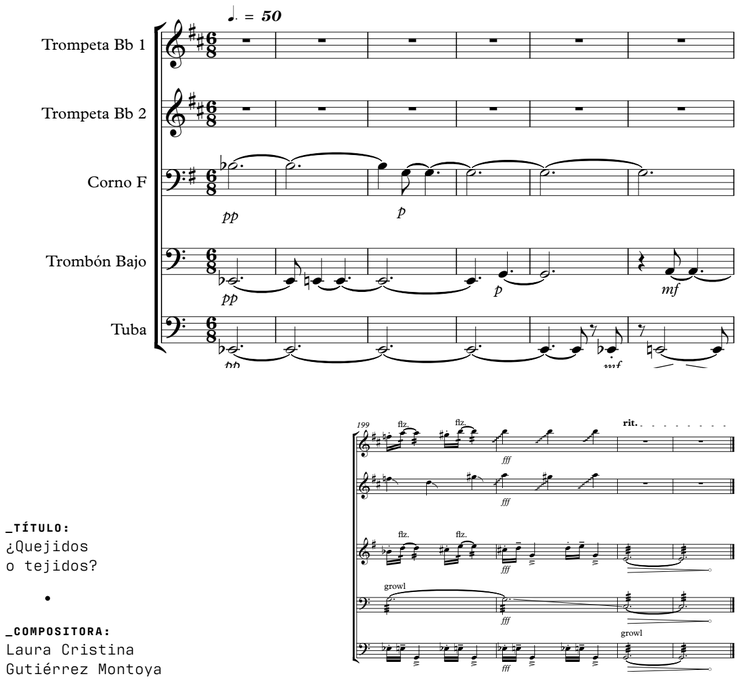
QUINTETO DE METALES

A través de 5 motivos que va destacando cada instrumento durante la pieza, se forma este ser de múltiples personalidades, lamentos con transtornos disociativos de identidad, que hablan de una sociedad convulsionada y que nos consume sigilosamente día a día. Piensa en los "Big five"; una teoría psicológica y científica que define 5 tipos de personalidad según Lewis Goldberg.

- **O:** apertura a la experiencia
- **C:** responsabilidad
- **E:** extraversión
- **A:** amabilidad
- **N:** estabilidad emocional

Ahora visualiza que cada una de estas personalidades se encuentra en sus límites, han perdido el control de sus emociones y se han volcado al otro lado debido a algunas consecuencias del aislamiento obligatorio.

- **Trompeta 1:** neurótica
- **Trompeta 2:** hostil
- **Corno:** introvertido
- **Trombón:** distímico
- **Tuba:** renuente



_TÍTULO:
¿Quejidos
o tejidos?

•

_COMPOSITORA:
Laura Cristina
Gutiérrez Montoya

Asepsia

QUINTETO DE METALES

Desinfectante 5 en 1 es una obra escrita para quinteto de metales que está inspirada en la actual situación de pandemia, haciendo alusión a las prácticas asépticas y antisépticas que se han adoptado en nuestro día a día con la finalidad de prevenir la rápida propagación del virus.

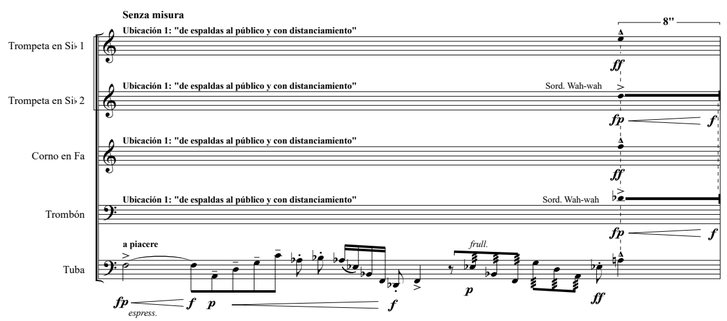
A través de dos movimientos musicales contrastantes, la obra pretende representar, mediante diferentes recursos simbólicos, musicales y dramáticos, algunas situaciones referentes al cuidado en la pandemia, como el distanciamiento social, el uso del alcohol y del tapabocas, el miedo y la incertidumbre constante, entre otras.

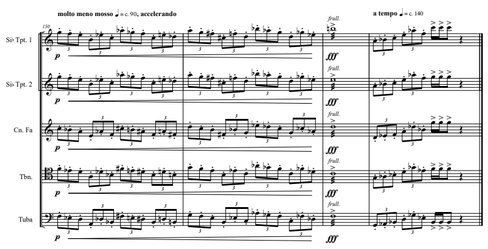
Notas de ejecución **1.** La imagen simbólica del tapabocas se representa con el uso de la sordina. **2.** La sordina debe ser *wah-wah* para poder ejecutar las indicaciones de tapado y abierto con la sordina puesta (el corno puede usar una sordina para trombón). **3.** De manera opcional, para fortalecer el performance, se sugiere tocar la obra con guantes de látex. **4.** Se sugiere una ubicación espacial diferente para cada movimiento, por ejemplo de espaldas al público y con distanciamiento.

_TÍTULO:
Desinfectante
5 en 1

•

_COMPOSITOR:
Raúl Esteba
Ardila Pineda





¿Habrá Futuro?

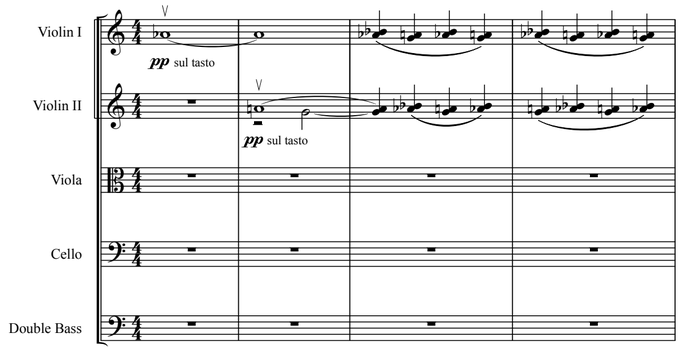
QUINTETO DE CUERDAS

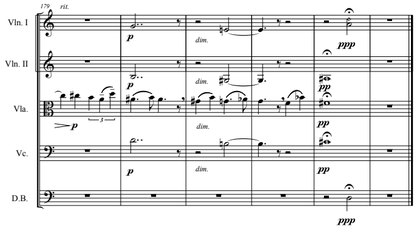
Se trata de una obra que intenta reflejar la incertidumbre que hemos estado viviendo como humanidad desde el inicio de la pandemia del Covid-19 y la crisis económica que ésta ha conllevado. La sensación de que todo empeorará o de que no habrá una pronta salida de la crisis, es reflejada en la densidad sonora de la obra, que constantemente opaca a una voz que intenta dar algo de esperanza.

_TÍTULO:
¿Habrá
Futuro?

•

_COMPOSITOR:
Harry Alexis
González





**“En los tiempos oscuros
¿se cantará también entonces?
También entonces se ha de cantar
sobre los tiempos oscuros”**

-Bertolt Bretch

Nacido en Cuarentena es una invitación a acercarnos a esa memoria contada por artistas, músicos y escritores, para pensar el espacio público como el medio para inspirar transformaciones y nuevas propuestas de vida en sociedad, adoptando las posturas críticas, políticas y culturales, que hacen parte de la construcción de nuevos sentidos con el otro y con lo otro.

Organizan

MUSEO DE ANTIOQUIA

universo centro

Filarmed
Orquesta Filarmónica de Medellín

Apoya

Imaginar el futuro
#ElPoderDeLaCultura
Una alianza
comfama